



James Allen

Los Ocho
Pilares de la
Prosperidad

LOS OCHO PILARES DE LA PROSPERIDAD

JAMES ALLEN

1911

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

Contenido

[Prefacio](#)

[1. Ocho pilares](#)

[2. Primer pilar: la energía](#)

[3. Segundo pilar: economía](#)

[4. Tercer pilar: la integridad](#)

[5. Cuarto pilar: Sistema](#)

[6. Quinto pilar: Simpatía](#)

[7. Sexto pilar: Sinceridad](#)

[8. Séptimo pilar: Imparcialidad](#)

[9. Octavo pilar: Confianza en sí mismo](#)

PREFACIO

Se supone popularmente que una mayor prosperidad para los individuos o las naciones sólo puede venir a través de una reconstrucción política y social. Esto no puede ser cierto sin la práctica de las virtudes morales en los individuos que componen una nación. Unas mejores leyes y condiciones sociales siempre seguirán a una mayor realización de la moralidad entre los individuos de una comunidad, pero ninguna promulgación legal puede dar prosperidad a un hombre o a una nación que se ha vuelto laxa y decadente en la búsqueda y la práctica de la virtud, ni puede impedir su ruina.

Las virtudes morales son el fundamento y el apoyo de la prosperidad, así como el alma de la grandeza. Perduran para siempre, y todas las obras del hombre que perduran están construidas sobre ellas. Sin ellas no hay ni fuerza, ni estabilidad, ni realidad sustancial, sino sólo sueños efímeros. Encontrar los principios morales es ha-

ber encontrado la prosperidad, la grandeza, la verdad, y es por tanto ser fuerte, valiente, alegre y libre.

JAMES ALLEN

"Bryngoleu,"

Ilfracombe,

Inglaterra.

1. OCHO PILARES

La prosperidad se basa en un fundamento moral. Popularmente se supone que descansa sobre una base inmoral, es decir, sobre el engaño, la práctica aguda, la decepción y la codicia. Es común escuchar incluso a un hombre inteligente declarar que "ningún hombre puede tener éxito en los negocios a menos que sea deshonesto", considerando así la prosperidad en los negocios - algo bueno - como el efecto de la deshonestidad - algo malo. Tal afirmación es superficial e irreflexiva, y revela una total falta de conocimiento de la causalidad moral, así como una comprensión muy limitada de los hechos de la vida. Es como si se sembrara beleño y se cosecharan espinacas, o se construyera una casa de ladrillos sobre un lodazal, cosas imposibles en el orden natural de la causalidad, y que por tanto no deben intentarse. El orden espiritual o moral de la causalidad no es diferente en principio, sino sólo en la naturaleza. La misma ley se aplica en las cosas invisibles -en los pensamientos y los actos- que en las cosas visibles -en los fenómenos naturales-. El hombre ve los procesos en los objetos naturales, y actúa de acuerdo con ellos, pero al no ver los procesos espirituales, se imagina que no existen, y por eso no actúa en armonía con ellos.

Sin embargo, estos procesos espirituales son tan simples y tan seguros como los procesos naturales. En efecto, son los mismos modos naturales que se manifiestan en el mundo de la mente. Todas las parábolas y un gran número de dichos de los Grandes Maestros están diseñados para ilustrar este hecho. El mundo natural es el mundo mental hecho visible. Lo que se ve es el espejo de lo que no se ve. La mitad superior de un círculo no es diferente de la mitad inferior, pero su esfericidad está invertida. Lo material y lo mental no son dos arcos separados en el universo, son las dos mitades de un círculo completo. Lo natural y lo espiritual no están en eterna enemistad, sino que en el verdadero orden del universo son eternamente uno. Es en lo antinatural -en el abuso de la función y

de la facultad- donde surge la división, y donde el hombre es arrancado, con repetidos sufrimientos, del círculo perfecto del que ha tratado de salir. Todo proceso en la materia es también un proceso en la mente. Toda ley natural tiene su contrapartida espiritual.

Tomad cualquier objeto natural, y encontraréis sus procesos fundamentales en la esfera mental si buscáis correctamente. Considera, por ejemplo, la germinación de una semilla y su crecimiento en una planta con el desarrollo final de una flor, y de vuelta a la semilla de nuevo. Esto también es un proceso mental. Los pensamientos son semillas que, al caer en el suelo de la mente, germinan y se desarrollan hasta alcanzar la etapa completa, floreciendo en actos buenos o malos, brillantes o estúpidos, según su naturaleza, y terminando como semillas de pensamiento para ser sembradas de nuevo en otras mentes. Un maestro es un sembrador de semillas, un agricultor espiritual, mientras que el que se enseña a sí mismo es el sabio agricultor de su propia parcela mental. El crecimiento de un pensamiento es como el crecimiento de una planta. La semilla debe ser sembrada estacionalmente, y se requiere tiempo para su pleno desarrollo en la planta del conocimiento y la flor de la sabiduría.

Mientras escribo esto, me detengo y me giro para mirar por la ventana de mi estudio, y allí, a cien metros de distancia, hay un alto árbol en cuya copa algún emprendedor grajo de una graja cercana ha construido, por primera vez, su nido. Sopla un fuerte viento del noreste, de modo que la copa del árbol se balancea violentamente de un lado a otro por el inicio de la tormenta; sin embargo, no hay peligro para esa frágil cosa de palos y pelo, y la madre pájaro, sentada sobre sus huevos, no teme la tormenta. ¿Por qué? Porque el pájaro ha construido instintivamente su nido en armonía con los principios que garantizan la máxima resistencia y seguridad. En primer lugar, se elige una horquilla como base del nido, y no un espacio entre dos ramas separadas, para que, por muy grande que sea el balanceo de la copa del árbol, no se altere la posición del nido, ni

se perturbe su estructura; luego, el nido se construye sobre una planta circular para ofrecer la mayor resistencia a cualquier presión externa, así como para obtener una compactación más perfecta en su interior, de acuerdo con su propósito; y así, por muy fuerte que sea la tempestad, los pájaros descansan con comodidad y seguridad. Este es un objeto muy simple y familiar, y sin embargo, en la estricta obediencia de su estructura a la ley matemática, se convierte, para los sabios, en una parábola de iluminación, enseñándoles que sólo ordenando los actos de uno de acuerdo con principios fijos se obtiene la perfecta certeza, la perfecta seguridad y la perfecta paz en medio de la incertidumbre de los acontecimientos y las turbulentas tempestades de la vida.

Una casa o un templo construido por el hombre es una estructura mucho más complicada que el nido de un pájaro, sin embargo, se erige de acuerdo con esos principios matemáticos que se evidencian en todas partes en la naturaleza. Y aquí se ve cómo el hombre, en las cosas materiales, obedece a principios universales. Nunca intenta levantar un edificio desafiando las proporciones geométricas, porque sabe que tal edificio sería inseguro, y que la primera tormenta, con toda probabilidad, lo derribaría, si es que no se cae sobre sus oídos durante el proceso de erección. El hombre, en su construcción material, obedece escrupulosamente los principios fijos del círculo, la escuadra y el ángulo, y, ayudado por la regla, la plomada y el compás, levanta una estructura que resistirá las tormentas más feroces y le proporcionará un refugio seguro y una protección segura.

Todo esto es muy sencillo, dirá el lector. Sí, es simple porque es verdadero y perfecto; tan verdadero que no admite el menor compromiso, y tan perfecto que ningún hombre puede mejorarlo. El hombre, a través de una larga experiencia, ha aprendido estos principios del mundo material, y ve la sabiduría de obedecerlos, y me he referido a ellos para llevar a una consideración de esos principios

fijos en el mundo mental o espiritual que son igual de simples, e igual de eternamente verdaderos y perfectos, y sin embargo son actualmente tan poco comprendidos por el hombre que los viola diariamente, porque ignora su naturaleza, e inconsciente del daño que se está infligiendo a sí mismo todo el tiempo.

En la mente como en la materia, en los pensamientos como en las cosas, en los actos como en los procesos naturales, hay un fundamento fijo de la ley que, si se ignora conscientemente o por ignorancia, conduce al desastre y a la derrota. De hecho, la violación ignorante de esta ley es la causa del dolor y la tristeza del mundo. En la materia, esta ley se presenta como matemática; en la mente, se percibe como moral. Pero lo matemático y lo moral no están separados y opuestos; no son más que dos aspectos de un todo unido. Los principios fijos de las matemáticas, a los que está sometida toda la materia, son el cuerpo del que el espíritu es ético; mientras que los principios eternos de la moral son verdades matemáticas que operan en el universo de la mente. Es tan imposible vivir con éxito al margen de los principios morales, como construir con éxito ignorando los principios matemáticos. Los caracteres, como las casas, sólo se mantienen firmes cuando se construyen sobre una base de ley moral, y se construyen lenta y laboriosamente, obra por obra, porque en la construcción del carácter, los ladrillos son obras. Los negocios y todas las empresas humanas no están exentos del orden eterno, sino que sólo pueden sostenerse con seguridad mediante la observancia de leyes fijas. La prosperidad, para ser estable y duradera, debe apoyarse en una base sólida de principios morales, y estar sostenida por los pilares adamantinos de un carácter y una valía moral excelentes. Si se intenta dirigir un negocio desafiando los principios morales, el desastre, de un tipo u otro, es inevitable. Los hombres permanentemente prósperos de cualquier comunidad no son sus embaucadores ni sus engañadores, sino sus hombres fiables y rectos. Los cuáqueros son reconocidos como los hombres más rectos de la comunidad británica y, aunque su número es reducido, son

los más prósperos. Los jainistas de la India son similares tanto en número como en valor, y son el pueblo más próspero de la India.

Los hombres hablan de "construir un negocio" y, de hecho, un negocio es un edificio como lo es una casa de ladrillos o una iglesia de piedra, aunque el proceso de construcción es mental. La prosperidad, como una casa, es un techo sobre la cabeza de un hombre, que le proporciona protección y comodidad. Un techo presupone un soporte, y un soporte necesita una base. El techo de la prosperidad, por lo tanto, se apoya en los siguientes ocho pilares que están cimentados en una base de consistencia moral

1. Energía
2. Economía
3. Integridad
4. Sistema
5. Simpatía
6. Sinceridad
7. Imparcialidad
8. Confianza en sí mismo

Un negocio construido sobre la práctica impecable de todos estos principios sería tan firme y duradero como invencible. Nada podría perjudicarla, nada podría socavar su prosperidad, nada podría interrumpir su éxito o derribarla, sino que ese éxito estaría asegurado con un aumento incesante mientras se cumplieran los principios. Por otro lado, si estos principios estuvieran ausentes, no podría haber ningún tipo de éxito; ni siquiera podría haber un negocio, porque no habría nada que produjera la adhesión de una parte con otra; sino que habría esa falta de vida, esa ausencia de fibra y consistencia

que anima y da cuerpo y forma a cualquier cosa. Imagínate a un hombre con todos estos principios ausentes de su mente, de su vida diaria, y aunque tu conocimiento de estos principios sea escaso e imperfecto, no podrías pensar en un hombre así como haciendo un trabajo exitoso. Podrías imaginarlo llevando la vida confusa de un vagabundo sin rumbo, pero imaginarlo a la cabeza de un negocio, como el centro de una organización, o como un agente responsable y controlador en cualquier departamento de la vida - esto no podrías hacerlo, porque te das cuenta de su imposibilidad. El hecho de que nadie de moralidad e inteligencia moderadas pueda pensar en un hombre así como comandante de cualquier éxito, debería, para todos aquellos que aún no han captado la importancia de estos principios, y por lo tanto declaran que la moralidad no es un factor, sino un obstáculo, en la prosperidad, ser una prueba sólida para ellos de que su conclusión es totalmente errónea, porque si fuera correcta, entonces cuanto mayor fuera la falta de estos principios morales, mayor sería el éxito.

Estos ocho principios, entonces, en mayor o menor grado, son los factores causales de todo éxito de cualquier tipo. Por debajo de toda prosperidad son los fuertes apoyos, y, por mucho que las apariencias se opongan a tal conclusión, una medida de ellos informa y sostiene todo esfuerzo que es coronado con esa excelencia que los hombres llaman éxito.

Es cierto que comparativamente pocos hombres exitosos practican, en su totalidad y perfección, todos estos ocho principios, pero hay quienes lo hacen, y son los líderes, maestros y guías de los hombres, los soportes de la sociedad humana, y los fuertes pioneros en la van de la evolución humana.

Pero mientras que pocos alcanzan esa perfección moral que asegura la cima del éxito, todos los éxitos menores provienen de la ob-

servancia parcial de estos principios que son tan poderosos en la producción de buenos resultados que incluso la perfección en dos o tres de ellos por sí solos es suficiente para asegurar un grado ordinario de prosperidad, y mantener una medida de influencia local al menos por un tiempo, mientras que la misma perfección en dos o tres con la excelencia parcial en todos, o casi todos, los demás, hará permanente ese éxito e influencia limitados que, necesariamente, crecerán y se extenderán en proporción exacta con un conocimiento más íntimo y la práctica de esos principios que, en la actualidad, están sólo parcialmente incorporados en el carácter.

Las fronteras de la moral de un hombre marcan los límites de su éxito. Tan cierto es esto que conocer el estado moral de un hombre sería conocer -calcular matemáticamente- su éxito o fracaso final. El templo de la prosperidad sólo se mantiene en pie en la medida en que se apoya en sus pilares morales; en la medida en que éstos se debilitan, se vuelve inseguro; en la medida en que se retiran, se desmorona y se tambalea hacia la ruina.

El fracaso y la derrota finales son inevitables cuando se ignoran o desafían los principios morales, inevitables en la naturaleza de las cosas como causa y efecto. Como una piedra lanzada hacia arriba vuelve a la tierra, así toda acción, buena o mala, vuelve sobre el que la envió. Cada acto no moral o inmoral frustra el fin que persigue, y cada acto sucesivo lo aleja cada vez más de su realización. Por otro lado, cada acto moral es otro ladrillo sólido en el templo de la prosperidad, otra ronda de fuerza y belleza esculpida en los pilares que lo sostienen.

Los individuos, las familias, las naciones crecen y prosperan en armonía con su crecimiento en fuerza moral y conocimiento; caen y fracasan de acuerdo con su decadencia moral.

Mentalmente, como físicamente, sólo lo que tiene forma y solidez puede mantenerse en pie y perdurar. Lo no moral es la nada, y de ella no se puede formar nada. Es la negación de la sustancia. Lo inmoral es la destrucción. Es la negación de la forma. Es un proceso de denudación espiritual. Mientras socava y desintegra, deja el material disperso listo para que el sabio constructor le dé forma de nuevo; y el sabio constructor es la Moral. La moral es sustancia, forma y poder de construcción en uno. La moral siempre construye y preserva, pues esa es su naturaleza, siendo lo contrario de la inmoralidad, que siempre rompe y destruye. La moral es el maestro constructor en todas partes, ya sea en los individuos o en las naciones.

La moral es invencible, y quien se apoya en ella hasta el final, se apoya en una roca inexpugnable, de modo que su derrota es imposible, su triunfo seguro. Será puesto a prueba, y eso hasta el final, porque sin lucha no puede haber victoria, y sólo así pueden perfeccionarse sus poderes morales, y está en la naturaleza de los principios fijos, como de todo lo que está finamente y perfectamente forjado, tener su fuerza probada y comprobada. Las barras de acero que han de desempeñar los más fuertes y mejores usos del mundo deben ser sometidas a una severa tensión por el maestro del hierro, como prueba de su textura y eficiencia, antes de ser enviadas desde su fundición. El ladrillero desecha los ladrillos que han cedido bajo el fuerte calor. Así, el que ha de tener un éxito grande y permanente pasará por la tensión de las circunstancias adversas y el fuego de la tentación con su naturaleza moral no sólo no socavada, sino fortalecida y embellecida. Será como una barra de acero bien forjada, apta para el más alto uso, y el universo verá, como el herrero su acero finamente forjado, que el uso no se le escapa.

La inmoralidad es atacable en todos los puntos, y el que trata de mantenerse en pie sobre ella, se hunde en el pantano de la desolación. Incluso mientras sus esfuerzos parecen mantenerse en pie, se desmoronan. El clímax del fracaso es inevitable. Mientras el hombre

inmoral se ríe de sus ganancias mal habidas, ya hay un agujero en su bolsillo por el que cae su oro. Mientras que el que comienza con la moralidad, pero la abandona por la ganancia en la hora de la prueba, es como el ladrillo que se rompe a la primera aplicación de calor; no es apto para el uso, y el universo lo desecha, pero no finalmente, porque es un ser, y no un ladrillo; y puede vivir y aprender, puede arrepentirse y ser restaurado.

La fuerza moral es la vida de todo éxito, y el elemento sustentador de toda prosperidad; pero hay varias clases de éxito, y con frecuencia es necesario que un hombre fracase en una dirección para que pueda alcanzar un éxito mayor y de mayor alcance. Si, por ejemplo, un genio literario, artístico o espiritual comienza tratando de hacer dinero, puede ser, y a menudo lo es, para su beneficio y para el mejoramiento de su genio, que fracase en ello, para que pueda alcanzar ese éxito más sublime en el que reside su verdadero poder. Muchos millonarios estarían sin duda dispuestos a trocar sus millones por el éxito literario de un Shakespeare o el éxito espiritual de un Buda, y considerarían así que han hecho un buen negocio. El éxito espiritual excepcional rara vez va acompañado de riquezas, pero el éxito financiero no puede compararse de ninguna manera con él en cuanto a grandeza y esplendor. Pero en este libro no me ocupo del éxito del santo o del genio espiritual, sino de aquel éxito que concierne al bienestar y a la felicidad del hombre y de la mujer en general, en una palabra, de la prosperidad que, si bien está más o menos relacionada con el dinero - siendo presente y temporal - no se limita a él, sino que se extiende y abarca todas las actividades humanas, y que se relaciona particularmente con esa armonía del individuo con sus circunstancias que produce esa satisfacción llamada felicidad y ese confort conocido como prosperidad. Para la consecución de este fin, tan deseable para la masa de la humanidad, veamos ahora cómo operan los ocho principios, cómo se levanta el techo de la prosperidad y se asegura sobre los pilares en los que se apoya.

2. PRIMER PILAR: ENERGÍA

La energía es el poder de trabajo en todos los logros. El carbón inerte lo convierte en fuego, y el agua lo transmuta en vapor; vivifica e intensifica el talento más común hasta que se acerca al genio, y cuando toca la mente del lerdo, convierte en un fuego vivo lo que antes estaba dormido en la inercia.

La energía es una virtud moral, su vicio opuesto es la pereza. Como virtud, puede ser cultivada, y el hombre perezoso puede llegar a ser enérgico despertándose forzosamente al esfuerzo. Comparado con el hombre enérgico, el perezoso no está ni medio vivo. Incluso mientras este último habla de la dificultad de hacer una cosa, el primero la está haciendo. el hombre activo ha hecho una cantidad considerable de trabajo antes de que el perezoso se haya despertado del sueño. Mientras el perezoso está esperando una oportunidad, el hombre activo ha salido, y ha encontrado y utilizado media docena de oportunidades. Hace cosas mientras el otro se frota los ojos.

La energía es una de las fuerzas primarias: sin ella no se puede hacer nada. Es el elemento básico de todas las formas de acción. El universo entero es una manifestación de energía incansable, aunque inescrutable. La energía es, en efecto, la vida, y sin ella no habría universo ni vida. Cuando un hombre ha dejado de actuar, cuando el cuerpo yace inerte, y todas las funciones han dejado de actuar, entonces decimos que está muerto; y en la medida en que un hombre no actúa, está hasta ahora muerto. El hombre, mental y físicamente, está hecho para la acción, y no para la tranquilidad. Cada músculo del cuerpo (siendo una palanca para el esfuerzo) es una reprimenda para el hombre perezoso. Cada hueso y nervio está diseñado para la resistencia; cada función y facultad está ahí para un

uso legítimo. Todas las cosas tienen su fin en la acción; todas las cosas se perfeccionan en el uso.

Siendo así, no hay prosperidad para el hombre perezoso, ni felicidad, ni refugio ni descanso; para él, no hay ni siquiera la facilidad que codicia, pues al final se convierte en un paria sin hogar, en un hombre atribulado, acosado y despreciado, de modo que el proverbio dice sabiamente que "el hombre perezoso hace el trabajo más duro", en el sentido de que, evitando el trabajo sistemático de la habilidad, trae sobre sí la suerte más dura.

Sin embargo, la energía mal aplicada es mejor que la falta de energía. Esto lo expresa poderosamente San Juan en las palabras: "Quiero que seáis fríos o calientes; si sois tibios, os vomitaré de mi boca". Los extremos del calor y del frío simbolizan aquí la agencia transformadora de la energía, en sus aspectos buenos y malos.

El estadio tibio es incoloro, sin vida, inútil; apenas puede decirse que tenga virtud o vicio, y es simplemente estéril vacío, sin fruto. El hombre que aplica su abundante energía a los malos fines, tiene, en el mismo poder con que se esfuerza por adquirir sus fines egoístas, tales dificultades, dolores y penas, que le obligarán a aprender por la experiencia, y así, al fin, a remodelar su base de acción. En el momento oportuno, cuando sus ojos mentales se abran a mejores propósitos, dará la vuelta y cortará nuevos y apropiados canales para la salida de su poder, y entonces será tan fuerte en el bien como lo fue antes en el mal. Esta verdad está bellamente cristalizada en el viejo proverbio: "Cuanto más grande es el pecador, más grande es el santo".

La energía es poder, y sin ella no habrá realización; ni siquiera habrá virtud, pues la virtud no consiste sólo en no hacer el mal, sino también, principalmente, en hacer el bien. Hay quienes lo intentan,

pero fracasan por falta de energía. Sus esfuerzos son demasiado débiles para producir resultados positivos. Estos no son viciosos, y como nunca hacen un daño deliberado, se suele hablar de ellos como hombres buenos que fracasan. Pero carecer de iniciativa para hacer daño no es ser bueno; es sólo ser débil e impotente. Es el hombre verdaderamente bueno el que, teniendo el poder de hacer el mal, opta por dirigir sus energías hacia el bien. Sin un grado considerable de energía, por lo tanto, no habrá poder moral. Lo que hay de bueno, estará latente y dormido; no habrá salida del bien, como no puede haber movimiento mecánico sin la fuerza motriz.

La energía es el poder informante en todo lo que se hace en cada departamento de la vida, ya sea en líneas materiales o espirituales. El llamado a la acción, que proviene no sólo del soldado, sino de los labios o de la pluma de todos los maestros en todos los grados del pensamiento, es un llamado a los hombres para que despierten su energía dormida y realicen vigorosamente la tarea que tienen entre manos. Incluso los hombres de la contemplación y la mediación nunca dejan de despertar a sus discípulos para que se esfuercen en el pensamiento meditativo, es una llamada a los hombres para que despierten su energía dormida y realicen vigorosamente la tarea que tienen entre manos. Incluso los hombres de la contemplación y la meditación nunca dejan de despertar a sus discípulos para que se esfuercen en el pensamiento meditativo. La energía se necesita por igual en todas las esferas de la vida, y no sólo las reglas del soldado, del ingeniero y del comerciante son reglas de acción, sino que casi todos los preceptos de los salvadores, sabios y santos son preceptos de hacer.

El consejo de uno de los Grandes Maestros a sus discípulos: "Manténganse bien despiertos", expresa tersamente la necesidad de una energía incansable si se quiere lograr el propósito de uno, y es un consejo tan bueno para el vendedor como para el santo. "La vigilancia eterna es el precio de la libertad", y la libertad es alcanzar el

fin que uno se ha propuesto. Fue el mismo Maestro quien dijo: "Si hay que hacer algo, que el hombre lo haga de inmediato; que lo ataque vigorosamente". La sabiduría de este consejo se ve cuando se recuerda que la acción es creativa, que el aumento y el desarrollo siguen al uso legítimo. Para obtener más energía debemos utilizar al máximo la que ya poseemos. Sólo al que se le da eso. Sólo al que pone su mano vigorosamente en alguna tarea le llega el poder y la libertad.

Pero la energía, para ser productiva, no sólo debe ser dirigida hacia buenos fines, sino que debe ser cuidadosamente controlada y conservada. "La conservación de la energía" es un término moderno que expresa ese principio de la naturaleza por el cual ninguna energía se desperdicia o se pierde, y el hombre cuyas energías han de ser fructíferas en resultados debe trabajar inteligentemente sobre este principio. El ruido y la prisa son energía que se desperdicia. "Más prisa, menos velocidad". El máximo de ruido suele acompañar al mínimo de realización. Con mucha charla se hace poco. El vapor de trabajo no se oye. Es el vapor que se escapa el que hace un gran ruido. Es la pólvora concentrada la que impulsa la bala hacia su objetivo.

En la medida en que un hombre intensifica sus energías conservándolas y concentrándolas en la realización de su propósito, en esa medida gana tranquilidad y silencio, en respuesta y calma. Es un gran engaño que el ruido signifique poder. No hay mayor bebé que el fanfarrón fanfarrón. Físicamente es un hombre, pero mentalmente no es más que un infante, y no teniendo fuerza para nada, ni trabajo que mostrar, trata de compensarlo proclamando en voz alta lo que ha hecho, o podría hacer.

"Las aguas tranquilas corren profundas", y las grandes fuerzas universales son inaudibles. Donde está la calma, está el mayor po-

der. La calma es la indicación segura de una mente fuerte, bien entrenada y pacientemente disciplinada. El hombre calmado conoce su negocio, esté seguro de ello. Sus palabras son pocas, pero hablan. Sus planes están bien planificados y funcionan correctamente, como una máquina bien equilibrada. Ve un largo camino por delante, y se dirige directamente a su objetivo. Al enemigo, la dificultad, lo convierte en amigo, y hace un uso provechoso de él, pues ha estudiado bien cómo "ponerse de acuerdo con su adversario mientras está en el camino con él", Como un sabio general, se ha anticipado a todas las emergencias. En efecto, es el hombre que está preparado de antemano. En sus meditaciones, en los consejos de su juicio, ha conferido con las causas, y ha captado la inclinación de todas las contingencias. Nunca le coge por sorpresa; nunca tiene prisa, está seguro de su propia firmeza, y está seguro de su terreno. Puedes pensar que lo has atrapado, sólo para descubrir, al momento siguiente, que has tropezado en tu prisa, y que él te ha atrapado, o más bien que tú, por falta de calma, te has precipitado en el dilema que le habías preparado. Tu impulso no puede luchar contra su deliberación, sino que se ve frustrado al primer ataque; tu energía desenfrenada no puede desviar el vapor sabiamente dirigido de su poder concentrado. Él está "armado en todos los puntos". Mediante un Ju-Jitsu mental adquirido a través de la autodisciplina, se enfrenta a la oposición de tal manera que se destruye a sí misma. Si se le reprende con palabras airadas, el reproche oculto en su amable respuesta busca el corazón mismo de tu locura, y el fuego de tu ira se hunde en las cenizas del remordimiento. Acércate a él con una vulgar familiaridad, y su mirada te llena de vergüenza al instante, y te hace volver a la cordura. Así como está preparado para todos los acontecimientos, también lo está para todos los hombres; aunque ningún hombre está preparado para él. Todas las debilidades son traicionadas en su presencia, y él manda por una fuerza inherente que la calma ha convertido en habitual e inconsciente.

La calma, a diferencia de la placidez muerta de la languidez, es la cumbre de la energía concentrada. En la agitación y la excitación la

mentalidad se dispersa. Es irresponsable y carece de fuerza y peso. El hombre quisquilloso, malhumorado e irritable no tiene influencia. Repele, y no atrae. Se pregunta por qué su vecino "fácil de llevar" tiene éxito y es buscado, mientras que él, que siempre está apurado, preocupado y molestando, se esfuerza, cae y es evitado. Su vecino, siendo un hombre más tranquilo, no más fácil de llevar, sino más deliberado, consigue más trabajo, lo hace más hábilmente, y es más dueño de sí mismo y más varonil. Esta es la razón de su éxito e influencia. Su energía es controlada y utilizada, mientras que la energía del otro hombre es dispersada y abusada.

La energía, entonces, es el primer pilar en el templo de la prosperidad, y sin ella, como el primer y más esencial equipo, no puede haber prosperidad. Sin energía no hay capacidad; no hay autoestima e independencia masculina. Entre los desempleados se encontrarán muchos que son inempleables por pura falta de este primer esencial de la energía de trabajo. El hombre que permanece muchas horas al día en una esquina de la calle con las manos en los bolsillos y una pipa en la boca, esperando que alguien le invite a un vaso de cerveza, tiene pocas probabilidades de encontrar un empleo, o de aceptarlo si le llega. Físicamente flácido y mentalmente inerte, cada día se vuelve más, se hace más incapaz de trabajar y, por tanto, de vivir. El hombre enérgico puede pasar por períodos temporales de desempleo y sufrimiento, pero es imposible que se convierta en uno de los desempleados permanentes. Encontrará trabajo o lo hará, porque la inercia es dolorosa para él, y el trabajo es una delicia; y el que se deleita en el trabajo no permanecerá mucho tiempo desempleado.

El perezoso no desea ser empleado. Está en su elemento cuando no hace nada. Su principal estudio es cómo evitar el esfuerzo. Su idea de la felicidad es vegetar en medio del torpor. No es apto ni empleable. Incluso el socialista extremo, que pone todo el desempleo a la puerta de los ricos, despediría a un sirviente perezoso, negligente

y poco rentable, y así añadiría uno más al brazo de los desempleados; porque la pereza es uno de los vicios más bajos que repugnan a todos los hombres activos y de mente correcta.

Pero la energía es un poder compuesto. No está sola. En ella hay cualidades que contribuyen a la formación de un carácter vigoroso y a la producción de prosperidad. Principalmente, estas cualidades están contenidas en las cuatro características siguientes

1. Prontitud
2. Vigilancia
3. Industria
4. Esfuerzo

El pilar de la energía es, pues, una masa concreta compuesta por estos cuatro elementos tenaces. Son resistentes, perdurables y están calculados para soportar el tiempo más salvaje de la adversidad. Todos ellos hacen la vida, el poder, la capacidad y el progreso.

La prontitud es una posesión valiosa. Engendra fiabilidad. Se confía en las personas que están atentas, son rápidas y puntuales. Se puede confiar en que cumplirán con su deber, y lo harán bien y con vigor. Los maestros que son puntuales son un tónico para sus empleados y un látigo para los que tienden a eludir. Son un medio de sana disciplina para aquellos que no se disciplinarían por sí mismos. Así, al tiempo que ayudan a su propia utilidad y éxito, contribuyen a la utilidad y éxito de los demás. El trabajador superficial, que siempre deja las cosas para más tarde y se retrasa, se convierte en una molestia, si no para él mismo, para los demás, y sus servicios llegan a considerarse de escaso valor económico. La deliberación y la rapidez, que son las ayudas de la prontitud, son valiosas para lograr la

prosperidad. En los canales ordinarios de los negocios, la presteza es un poder salvador, y la celeridad es sinónimo de beneficio. Es dudoso que un procrastinador empedernido haya tenido éxito en los negocios. Todavía no he conocido a ninguno, aunque sí a muchos que han fracasado.

La vigilancia es el guardián de todas las facultades y poderes de la mente. Es el detective que impide la entrada de cualquier elemento violento y destructivo. Es la compañera cercana y protectora de todo éxito, libertad y sabiduría. Sin esta actitud vigilante de la mente, un hombre es un tonto, y no hay prosperidad para un tonto. El necio permite que su mente sea saqueada y despojada de su gravedad, serenidad y juicio por los pensamientos mezquinos y las pasiones violentas que vienen a molestarlo. Nunca está en guardia, sino que deja abiertas las puertas de su mente a cualquier intruso nefasto. Es tan débil e inestable que se ve arrastrado por cualquier impulso que le sobrevenga. Es un ejemplo para los demás de lo que no deben ser. Siempre es un fracaso, porque el tonto es una ofensa para todos los hombres, y no hay sociedad que pueda recibirlo con respeto. Así como la sabiduría es el colmo de la fuerza, la necedad es el otro extremo de la debilidad.

La falta de vigilancia se manifiesta en la irreflexión y en una holgura general en los detalles comunes de la vida. La irreflexión es otro nombre para la locura. Está en la raíz de una gran cantidad de fracasos y miserias. Nadie que aspire a cualquier tipo de utilidad y prosperidad (porque la utilidad en el cuerpo político y la prosperidad para uno mismo no pueden servirse)¹ puede permitirse el lujo de estar dormido con respecto a sus acciones y el efecto de esas acciones en otros y reactivamente en sí mismo. Debe, al principio de su carrera, despertar el sentido de su responsabilidad personal. Debe saber que dondequiera que esté -en el hogar, en la casa de contabilidad, en el púlpito, en la tienda, en el aula o detrás del mostrador, en compañía o solo, en el trabajo o en el juego- su conducta afecta-

rá materialmente su carrera para bien o para mal; porque hay una influencia sutil en la conducta que deja su impresión en cada hombre, mujer y niño que toca, y esa impresión es el factor determinante en la actitud de las personas entre sí. Es por ello que el cultivo de los buenos modales juega un papel tan importante en toda sociedad coherente. Si uno lleva consigo un defecto mental perturbador o desagradable, no es necesario nombrarlo y conocerlo para que trabaje su veneno en sus asuntos. Su influencia corrosiva carcomerá todos tus esfuerzos y desfigurará tu felicidad y prosperidad, como un ácido poderoso carcome y desfigura el más fino acero. Por otro lado, si llevas una excelencia mental segura y armoniosa, no hace falta que los que te rodean la entiendan para que se vean influidos por ella. Se sentirán atraídos hacia ti con buena voluntad, a menudo sin saber por qué, y esa buena cualidad será el deporte más poderoso en todos tus asuntos, trayéndote amigos y oportunidades, y ayudando en gran medida al éxito de todas tus empresas. Incluso corregirá tus pequeñas incapacidades; cubriendo una multitud de faltas.

Así recibimos de manos del mundo según la medida de nuestra entrega. Por lo malo, malo; por lo bueno, bueno. Por una conducta defectuosa, una influencia indiferente y un éxito imperfecto; por una conducta superior un poder duradero y un logro consumado. Actuamos, y el mundo responde. Cuando el hombre necio fracasa, culpa a otros, y no ve ningún error en sí mismo; pero el hombre sabio vigila y se corrige a sí mismo, y así se asegura el éxito.

El hombre cuya mente está vigilante y alerta, dispone así de un valioso equipo para la consecución de sus objetivos; y si está completamente vivo y bien despierto en todas las ocasiones, para todas las oportunidades, y contra todos los defectos de carácter, ¿qué acontecimiento, qué circunstancia, qué enemigo le alcanzará y le encontrará desprevenido? ¿Qué le impedirá alcanzar lo legítimo y a lo que aspira?

La industria trae alegría y abundancia. Las personas vigorosamente industriosas son los miembros más felices de la comunidad. No son siempre los más ricos, si por riqueza se entiende una superfluidad de dinero; pero son siempre los más alegres y felices, y los más satisfechos con lo que hacen y tienen, y son por lo tanto los más ricos, si por más ricos entendemos más abundantemente bendecidos. Las personas activas no tienen tiempo para deprimirse y cavilar, ni para pensar egoístamente en sus dolencias y problemas. Las cosas más usadas son las que se mantienen más brillantes, y las personas más empleadas son las que mejor conservan su brillo y su espíritu. Las cosas que no se usan se empañan más rápidamente; y el que mata el tiempo es atacado por el tedio y las fantasías mórbidas. Hablar de tener que "matar el tiempo" es casi como una confesión de imbecilidad; porque ¿quién, en la corta vida de que dispone, y en un mundo tan inundado de recursos de conocimiento, con cabezas sanas y buenos corazones, puede llenar cada momento de cada día útil y felizmente, y si se refieren al tiempo en absoluto, es para el efecto de que es demasiado corto para permitirles hacer todo lo que les gustaría hacer.

La industria, además, promueve la salud y el bienestar. El hombre activo se va a la cama cansado cada noche; su descanso es sano y dulce, y se despierta temprano por la mañana, fresco y fuerte para el delicioso trabajo de otro día. Su apetito y su digestión son buenos. Tiene una excelente salsa en la recreación, y un buen tónico en el trabajo. ¿Qué compañía puede tener un hombre así con el abatimiento y la melancolía? Tales espíritus mórbidos rodean a los que hacen poco y cenan en exceso. Las personas que se hacen útiles a la comunidad, reciben de ésta toda su parte de salud, felicidad y prosperidad. Alegran la tarea diaria y mantienen el mundo en movimiento. Son el oro de la nación y la sal de la tierra.

"La seriedad", dijo un Gran Maestro, "es el camino de la inmortalidad. Aquellos que son serios no mueren; los que no son serios son como si estuvieran muertos". La seriedad es la dedicación de toda la mente a su tarea. Vivimos sólo en lo que hacemos. Las personas serias no están satisfechas con nada que no sea la más alta excelencia en lo que hacen, y siempre alcanzan esa excelencia. Hay tantos que son descuidados y de medio corazón, tan satisfechos con un pobre desempeño, que los sinceros brillan aparte, por así decirlo, en su excelencia. Siempre hay muchas "vacantes" en las filas de la utilidad y el servicio para las personas serias. Nunca ha habido, ni habrá, un hombre o una mujer profundamente serios que no hayan ocupado con éxito alguna esfera adecuada. Tales personas son escrupulosas, concienzudas y meticulosas, y no pueden estar tranquilas hasta que se haga lo mejor posible, y todo el mundo está siempre pendiente de recompensar a los mejores. Siempre está dispuesto a pagar todo el precio, ya sea en dinero, fama, amigos, influencia, felicidad, alcance o vida, por lo que es de excelencia superior, ya sea en cosas materiales, intelectuales o espirituales. Sea lo que sea, ya sea un comerciante o un maestro santo, puedes dar lo mejor al mundo sin ninguna duda o recelo. Si la huella indeleble de tu seriedad está en tus bienes en un caso, o en tus palabras en el otro, tu negocio florecerá, o tus preceptos vivirán.

Las personas serias progresan rápidamente tanto en su trabajo como en su carácter. Así es como viven y "no mueren", porque el estancamiento sólo es muerte, y donde hay un progreso incesante y una excelencia siempre ascendente, el estancamiento y la salud son tragados por la actividad y la vida.

Así se explica la construcción y la mampostería del Primer Pilar. Quien lo construye bien, y lo pone firme y recto, tendrá un apoyo poderoso y duradero en los negocios de su vida.

3. SEGUNDO PILAR: ECONOMÍA

Se dice de la naturaleza que no conoce el vacío. Tampoco conoce el despilfarro. En la economía divina de mi Naturaleza todo se conserva y se aprovecha. Incluso los excrementos se transmiten químicamente y se utilizan en la construcción de nuevas formas. La naturaleza destruye toda suciedad, no por aniquilación, sino por transmutación, endulzándola y purificándola, y haciéndola servir a los fines de las cosas bellas, útiles y buenas.

Esa economía que, en la naturaleza es un principio universal, es en el hombre una cualidad moral y es aquella cualidad por la que preserva sus energías, y sostiene su lugar como unidad de trabajo en el esquema de las cosas.

La economía financiera no es más que un fragmento de este principio, o más bien es un símbolo material de esa economía que es puramente mental, y sus transmutaciones espirituales. El economista financiero cambia cobres por plata, plata por oro, oro por billetes, y los billetes los convierte en las cifras de una cuenta bancaria. Gracias a estas conversiones del dinero en formas más fácilmente transmisibles, sale ganando en la gestión financiera de sus asuntos. El economista espiritual transmuta las pasiones en inteligencia, la inteligencia en principios, los principios en sabiduría, y la sabiduría se manifiesta en acciones que son pocas pero de poderoso efecto. Por todas estas transmutaciones gana en carácter y en la gestión de su vida.

La verdadera economía es el camino intermedio en todas las cosas, ya sean materiales o mentales, entre el despilfarro y la retención indebida. Lo que se desperdicia, ya sea dinero o energía mental, se vuelve impotente; lo que se retiene y acumula egoístamente,

es igualmente impotente. Para asegurar el poder, ya sea del capital o de la mentalidad, debe haber concentración, pero la concentración debe ir seguida de un uso legítimo. La acumulación de dinero o de energía es sólo un medio; el fin es el uso; y sólo el uso produce poder.

La economía integral consiste en encontrar el medio en las siete cosas siguientes: dinero, comida, ropa, ocio, descanso, tiempo y energía.

El dinero es el símbolo del intercambio y representa el poder adquisitivo. El que desea adquirir riqueza financiera, así como el que desea evitar las deudas, debe estudiar cómo distribuir sus gastos de acuerdo con sus ingresos, para dejar un margen de capital de trabajo cada vez mayor, o para tener un pequeño almacén listo para cualquier emergencia. El dinero invertido en gastos irreflexivos, en placeres inútiles o en lujos perjudiciales, es dinero malgastado y poder destruido; porque, aunque sea un poder limitado y subordinado, los medios y la capacidad de compra legítima y virtuosa es, sin embargo, un poder, que entra en gran medida en los detalles de nuestra vida cotidiana. El despilfarrador nunca puede llegar a ser rico, sino que, si comienza con riquezas, pronto se convertirá en pobre. El avaro, con todo su oro almacenado, no puede decirse que sea rico, porque tiene carencias, y su oro, ocioso, está privado de su poder de compra. El ahorrador y el prudente están en el camino de la riqueza, pues mientras gastan sabiamente, ahorran con cuidado, y gradualmente amplían sus esferas a medida que sus medios crecen.

El pobre que quiere hacerse rico debe comenzar desde abajo, y no debe desear, ni tratar de aparentar riqueza intentando algo muy por encima de sus posibilidades. Siempre hay mucho espacio y posibilidades en la base, y es un lugar seguro desde el que empezar,

ya que no hay nada por debajo, y todo por encima. Muchos jóvenes hombres de negocios se ven afectados de inmediato por la fanfarronería y la exhibición que tontamente imaginan que son necesarias para el éxito, pero que, sin engañar a nadie más que a sí mismos, los llevan rápidamente a la ruina. Un comienzo modesto y verdadero, en cualquier esfera, asegurará mejor el éxito que un anuncio exagerado de la propia posición e importancia. Cuanto más pequeño sea el capital, más pequeña debe ser la esfera de operaciones. El capital y el ámbito de actuación van de la mano y deben encajar. Concentra tu capital dentro del círculo de su poder de trabajo, y por muy circunscrito que sea ese círculo, continuará ampliándose y extendiéndose a medida que el creciente impulso del poder presione para expresarse.

Sobre todo, procura evitar siempre los dos extremos de la parsimonia y la prodigalidad.

La comida representa la vida, la vitalidad y la fuerza física y mental. Hay un camino intermedio en el comer y el beber, como en todo lo demás. El hombre que ha de alcanzar la prosperidad debe estar bien alimentado, pero no sobrealimentado. El hombre que priva a su cuerpo de alimentos, ya sea por avaricia o por ascetismo (ambas formas de falsa economía), disminuye su energía mental, y hace que su cuerpo esté demasiado debilitado para ser el instrumento de cualquier logro fuerte. Un hombre así busca una mentalidad enferma, una condición que sólo conduce al fracaso.

El glotón, sin embargo, se destruye a sí mismo por el exceso. Su cuerpo bestializado se convierte en una reserva almacenada de venenos, que atraen la enfermedad y la corrupción, mientras que su mente se embrutece y confunde cada vez más, y por lo tanto es más incapaz. La gula es uno de los vicios más bajos y animales, y es odiosa para todos los que siguen un curso moderado.

Los mejores trabajadores y los hombres más exitosos son los que son más moderados en el comer y el beber. Tomando suficiente alimento, pero no demasiado, alcanzan la máxima aptitud física y mental. Estando así bien equipados por la moderación, están capacitados para luchar vigorosa y alegremente en la batalla de la vida.

La vestimenta es la cobertura y la protección del cuerpo, aunque con frecuencia se la despoja de este propósito económico y se la convierte en un medio de vana exhibición. Los dos extremos que hay que evitar aquí son la negligencia y la vanidad. La costumbre no puede, ni debe, ser ignorada; y la limpieza es lo más importante. El hombre o la mujer mal vestidos y desaliñados invitan al fracaso y a la soledad. El vestido de un hombre debe armonizar con su posición en la vida, y debe ser de buena calidad, y estar bien hecho y ser apropiado. La ropa no debe desecharse cuando es comparativamente nueva, sino que debe estar bien usada. Si un hombre es pobre, no perderá ni el respeto propio ni el de los demás por llevar ropa raída, si ésta está limpia y todo su cuerpo está limpio y aseado. Pero la vanidad, que lleva al lujo excesivo en el vestir, es un vicio que debe ser evitado cuidadosamente por las personas virtuosas. Conozco a una señora que tenía cuarenta vestidos en su guardarropa; también a un hombre que tenía veinte bastones, casi el mismo número de sombreros y una docena de botas de agua; mientras que otro tenía unos veinte o treinta pares de botas. Las personas ricas que derrochan el dinero en montones de ropa superflua, están buscando la pobreza, porque es un despilfarro, y el despilfarro lleva a la carencia. El dinero que se gasta tan imprudentemente podría emplearse mejor, pues el sufrimiento abunda y la caridad es noble.

La ostentación en la ropa y las joyas denota una mente vulgar y vacía. Las personas modestas y cultas son modestas y adecuadas en su vestimenta, y su dinero sobrante se utiliza sabiamente para mejorar su cultura y su virtud. La educación y el progreso son más

importantes para ellos que la vestimenta vana e innecesaria; y la literatura, el arte y la ciencia son fomentados por ello. El verdadero refinamiento está en la mente y en el comportamiento, y una mente adornada con virtud e inteligencia no puede aumentar su atractivo, aunque lo reste, mediante una exhibición ostentosa del cuerpo. El tiempo que se gasta en adornar inútilmente el cuerpo podría emplearse de forma más fructífera. La sencillez en el vestir, como en otras cosas, es lo mejor. Llega al punto de excelencia en utilidad, comodidad y gracia corporal, y demuestra verdadero gusto y refinamiento cultivado.

El recreo es una de las necesidades de la vida. Todo hombre y mujer debe tener algún trabajo definitivo como objeto principal de la vida, y al que debe dedicar una cantidad considerable de tiempo, y sólo debe apartarse de él en períodos determinados y limitados para el recreo y el descanso. El objeto de la recreación es una mayor flotabilidad del cuerpo y de la mente, con un aumento de poder en el trabajo serio. Es, por lo tanto, un medio, no un fin; y esto debe tenerse siempre presente, porque, para muchos, algunas formas de recreación -inocentes y buenas en sí mismas- llegan a ser tan fascinantes que corren el peligro de convertirlas en el fin de la vida, y de abandonar así el deber por el placer. Hacer de la vida una ronda incesante de juegos y placeres, sin ningún otro objeto en la vida, es poner la vida al revés, por así decirlo, y produce monotonía y enervación. Las personas que lo hacen son los más infelices de los mortales, y sufren de languidez, tedio y mal humor. Como la salsa es una ayuda para la digestión, y sólo puede conducir a la miseria cuando se convierte en el trabajo de la vida. Cuando un hombre ha cumplido con su deber diario, puede dedicarse a su recreación con una mente libre y un corazón ligero, y tanto su trabajo como su placer serán para él una fuente de felicidad.

Es una verdadera economía en este particular no dedicar todo el tiempo al trabajo ni a la recreación, sino repartir a cada uno su tiem-

po y lugar; y así llenar la vida con aquellos cambios que son necesarios para una larga vida y una existencia fructífera.

Todos los cambios agradables son recreación y el trabajador mental ganará tanto en la calidad como en la cantidad de su trabajo si lo deja a la hora señalada para la recreación descansada y refrescante; mientras que el trabajador físico mejorará en todos los sentidos si se dedica a alguna forma de estudio como pasatiempo o medio de educación.

Así como no empleamos todo nuestro tiempo en comer o dormir o descansar, tampoco debemos emplearlo en el ejercicio o en el placer, sino que debemos dar a la recreación el lugar que le corresponde como tónico natural en el esquema económico de nuestra vida.

El descanso es para recuperarse después del trabajo. Todo ser humano que se respete a sí mismo debe trabajar lo suficiente cada día para que su sueño sea reparador y dulce, y su levantamiento fresco y brillante.

Hay que dormir lo suficiente, pero no demasiado, ya que tanto el exceso como la privación son perjudiciales. Es fácil saber cuánto hay que dormir. Acostándose temprano y levantándose temprano (levantándose un poco más temprano cada mañana si uno ha tenido el hábito de pasar muchas horas en la cama), uno puede muy pronto medir con precisión y ajustar el número de horas que necesita para recuperarse completamente. A medida que se acorten las horas de sueño, se comprobará que el sueño es cada vez más profundo y dulce, y que el despertar es cada vez más despierto y brillante. Las personas que han de prosperar en su trabajo no deben ceder a la innoble facilidad y a la excesiva indulgencia en el sueño. El verdadero fin de la vida es el trabajo fructífero y no la facilidad, y la facilidad sólo es buena en la medida en que sirve a los fines del trabajo.

La pereza y la prosperidad nunca pueden ser compañeras, ni siquiera pueden acercarse la una a la otra. El perezoso nunca alcanzará el éxito, pero el fracaso lo alcanzará rápidamente y lo dejará derrotado. El descanso es para prepararnos para un trabajo mayor, y no para mimarnos en la indolencia. Cuando se restablece el vigor corporal, se cumple el fin del descanso. Un equilibrio perfecto entre el trabajo y el descanso contribuye considerablemente a la salud, la felicidad y la prosperidad.

El tiempo es aquello que todos poseemos en igual medida. El día no se alarga para nadie. Por lo tanto, debemos procurar no malgastar sus preciosos minutos en derroches inútiles. El que gasta su tiempo en la autocomplacencia y la búsqueda del placer, pronto se encuentra viejo, y nada ha logrado. El que llena de actividades útiles los minutos que van y vienen, envejece con honor y sabiduría, y la prosperidad permanece con él. El dinero malgastado puede recuperarse; la salud malgastada puede recuperarse; pero el tiempo malgastado nunca puede recuperarse.

Es un viejo dicho que "el tiempo es dinero". Es, de la misma manera, salud, fuerza, talento, genio y sabiduría, de acuerdo con la manera en que se utiliza; y para utilizarlo adecuadamente, los minutos deben ser aprovechados a medida que se presentan, ya que una vez que han pasado nunca pueden ser recuperados. El día debe dividirse en porciones, y todo -trabajo, ocio, comidas, recreación- debe ser atendido en su debido tiempo; y el tiempo de preparación no debe ser pasado por alto o ignorado. Cualquier cosa que un hombre haga, la hará mejor y con más éxito si utiliza una pequeña porción del día para preparar su mente para su trabajo. El hombre que se levanta temprano para pensar y planificar, para sopesar, considerar y prever, siempre manifestará mayor habilidad y éxito en su actividad particular, que el hombre que vive en la cama hasta el último momento, y sólo se levanta justo a tiempo para comenzar el desayuno. Una hora dedicada a esta actividad antes del desayuno

será de gran valor para hacer fructíferos nuestros esfuerzos. Es un medio de calmar y aclarar la mente, y de concentrar las energías para hacerlas más poderosas y eficaces. El mejor y más duradero éxito es el que se consigue antes de las ocho de la mañana. El que está en su negocio a las seis de la mañana, siempre, en igualdad de condiciones, estará muy por delante del hombre que está en la cama a las ocho. El que se acuesta en la cama se perjudica a sí mismo en la carrera de la vida. Le da a su competidor madrugador dos o tres horas de ventaja cada día. ¿Cómo puede esperar ganar con semejante impuesto sobre su tiempo? Al final de un año, esas dos o tres horas de salida diarias se traducen en un éxito que es la síntesis de los resultados acumulados. ¿Cuál debe ser, entonces, la diferencia entre los esfuerzos de estos dos hombres al final, digamos, de veinte años? El que se acuesta, además, después de levantarse está siempre apurado tratando de recuperar el tiempo perdido, lo que resulta en más pérdida de tiempo, pues la prisa siempre derrota su propio fin. El que se levanta temprano, que así ahorra su tiempo, no tiene necesidad de apresurarse, porque siempre se adelanta a la hora, siempre está bien adelantado en su trabajo; puede permitirse el lujo de estar tranquilo y deliberar, y hacer cuidadosamente y bien lo que tiene entre manos, porque su buen hábito se muestra al final del día en forma de un estado de ánimo feliz, y en resultados más grandes en forma de trabajo hábilmente y con éxito.

Al economizar el tiempo, también habrá muchas cosas que el hombre tendrá que eliminar de su vida; algunas de las cosas y actividades que ama y desea conservar, tendrán que ser sacrificadas para el propósito principal de su vida. La eliminación estudiada de lo que no es esencial en la vida diaria es un factor vital en todo gran logro. Todos los grandes hombres son adeptos a esta rama de la economía, y juega un papel importante en la realización de su grandeza. Es una forma de economía que también entra en la mente, las acciones y el discurso, eliminando de ellos todo lo que es superfluo y que impide y no sirve para el fin que se persigue. Las personas necias y fracasadas hablan sin cuidado y sin rumbo, actúan sin cui-

dado y sin rumbo, y permiten que todo lo que se presenta bueno, malo y diferente se aloje en su mente.

La mente del verdadero economista es un tamiz que deja pasar todo, excepto lo que le es útil en el negocio de su vida. También emplea sólo las palabras necesarias, y hace sólo las acciones necesarias, minimizando así enormemente la fricción y el desperdicio de energía.

Acostarse a la hora y levantarse a la hora, llenar cada minuto de trabajo con pensamientos resueltos y acciones efectivas, es la verdadera economía del tiempo.

La energía se economiza mediante la formación de buenos hábitos. Todos los vicios son un gasto imprudente de energía. La energía que se desperdicia irreflexivamente en los malos hábitos es suficiente para permitir a los hombres lograr el mayor éxito, si se conserva y se utiliza en las direcciones correctas. Si se practica la economía en los seis puntos ya considerados, se logrará mucho en la conservación de las propias energías, pero el hombre debe ir aún más lejos, y cultivar cuidadosamente su vitalidad evitando todas las formas de autoindulgencia e impurezas físicas, pero también todos aquellos vicios mentales como la prisa, la preocupación, la excitación, el abatimiento, la ira, la queja y la envidia - que agotan la mente y la hacen incapaz de cualquier trabajo importante o logro admirable. Son formas comunes de disipación mental que un hombre de carácter debería estudiar cómo evitar y superar. La energía que se desperdicia en los frecuentes ataques de mal humor, si se controla y se dirige adecuadamente, daría a un hombre fortaleza de mente, fuerza de carácter y mucho poder para lograr. El hombre enojado es un hombre fuerte que se debilita por la disipación de su energía mental. Necesita autocontrol para manifestar su fuerza. El hombre calmado es siempre superior en cualquier departamento de la

vida, y siempre tendrá precedencia sobre él, tanto en su éxito, como en la estimación de los demás. Ningún hombre puede permitirse el lujo de dispersar sus energías en el fomento de los malos hábitos y las malas tendencias de la mente. Todo vicio, por pequeño que parezca, se volverá contra él en la batalla de la vida. Cada autoindulgencia dañina volverá a él en forma de algún problema o debilidad. Cada momento de desenfreno o de complacencia con sus inclinaciones más bajas hará que su progreso sea más laborioso, y le impedirá escalar el alto cielo de sus deseos de logro. En cambio, el que economiza sus energías y las orienta hacia la tarea principal de su vida, progresará rápidamente y nada le impedirá llegar a la ciudad dorada del éxito.

Se verá que la economía es algo mucho más profundo y de mayor alcance que el mero ahorro de dinero. Afecta a cada parte de nuestra naturaleza y a cada fase de nuestra vida. El viejo dicho: "Cuida de los peniques, y las libras se cuidarán solas", puede considerarse como una parábola, ya que las pasiones inferiores como energía nativa; es el abuso de esa energía lo que es malo, y si esta energía personal se cuida y se almacena y transmuta, reaparece como fuerza de carácter. Desperdiciar esta valiosa energía en la búsqueda del vicio es como malgastar los peniques, y así perder las libras, pero cuidarla para buenos usos es almacenar los peniques de las pasiones, y así ganar las libras de oro del bien. Cuida, por tanto, de las energías inferiores, y los logros superiores se cuidarán por sí mismos.

El pilar de la economía, cuando se construye sólidamente, se encontrará compuesto en gran parte por estas cuatro cualidades

1. Moderación
2. Eficiencia
3. Ingenio

4. Originalidad

La moderación es el núcleo fuerte de la economía. Evita los extremos, encontrando el término medio en todas las cosas. También consiste en abstenerse de lo innecesario y lo perjudicial. No puede haber moderación en lo que es malo, porque eso sería un exceso. La verdadera moderación se abstiene del mal. No es un uso moderado del fuego meter las manos en él, sino calentarlas junto a él a una distancia segura. El mal es un fuego que quemará al hombre aunque lo toque. un lujo dañino es mejor dejarlo severamente. Fumar, tomar tabaco, beber alcohol, apostar y otros vicios tan comunes, aunque han arrastrado a miles de personas a la mala salud, la miseria y el fracaso, nunca han ayudado a uno hacia la salud, la felicidad y el éxito. El hombre que los evita será siempre superior al que los persigue, siendo sus talentos y oportunidades iguales. Las personas sanas, felices y longevas son siempre moderadas y abstemias en sus hábitos. Con la moderación se conservan las fuerzas vitales; con el exceso se destruyen. Los hombres, también, que llevan la moderación en sus pensamientos, aplacando sus pasiones y sentimientos, evitando todos los extremos malsanos y las sensaciones y sentimientos mórbidos, añaden conocimiento y sabiduría a la felicidad y la salud, y así alcanzan la más alta felicidad y poder. Los inmoderados se destruyen a sí mismos por su propia locura. Debilitan sus energías y embrutecen sus capacidades, y en lugar de lograr un éxito duradero, sólo alcanzan, en el mejor de los casos, una prosperidad irregular y precaria.

La eficiencia procede de la correcta conservación de las fuerzas y poderes propios. Toda habilidad es el uso de energía concentrada. La habilidad superior, como el talento y el genio, es un grado superior de fuerza concentrada. Los hombres son siempre hábiles en aquello que aman, porque la mente está casi incesantemente centrada en ello. La habilidad es el resultado de esa economía mental que transmuta el pensamiento en invención y acción. No habrá pros-

peridad sin habilidad, y la prosperidad de uno estará en la medida de su habilidad. Por un proceso de selección natural, los ineficientes caen en el lugar que les corresponde. Entre los mal pagados o los desempleados; porque ¿quién empleará a un hombre que no puede, o no quiere, hacer su trabajo correctamente? Un empleador puede ocasionalmente mantener a tal hombre fuera de la caridad; pero esto será excepcional; ya que los lugares de negocios, las oficinas, los hogares y todos los centros de actividad organizada, no son instituciones caritativas, sino cuerpos industriales que se mantienen o caen por la aptitud y eficiencia de sus miembros individuales.

La habilidad se adquiere con la reflexión y la atención. Las personas desatentas y sin interés no suelen tener empleo, es decir, el vagabundo de la esquina de la calle. No pueden hacer la cosa más sencilla correctamente, porque no despiertan la mente para pensar y prestar atención. Recientemente, un conocido mío empleó a un vagabundo para que limpiara sus ventanas, pero el hombre se había abstenido del trabajo y del pensamiento sistemático durante tanto tiempo que se había vuelto incapaz de ambas cosas, y ni siquiera podía limpiar una ventana. Incluso cuando se le enseñó cómo hacerlo, no pudo seguir las sencillas instrucciones que se le dieron. Este es un ejemplo, también, del hecho de que la cosa más simple requiere una medida de habilidad en el hacer. La eficiencia determina en gran medida el lugar que ocupa un hombre entre sus compañeros, y lo lleva por pasos a posiciones cada vez más altas a medida que se desarrollan mayores facultades. El buen trabajador es hábil con sus herramientas, mientras que el buen hombre es hábil con sus pensamientos. La sabiduría es la forma más elevada de habilidad. La aptitud en la sabiduría incipiente. Hay una manera correcta de hacer todo, incluso lo más pequeño, y mil maneras equivocadas. La habilidad consiste en encontrar la única manera correcta, y adherirse a ella. Los ineficientes se confunden entre los mil caminos equivocados y no adoptan el correcto ni siquiera cuando se les señala. En algunos casos lo hacen porque piensan, en su ignorancia, que son los que más saben, colocándose así en una posición en la que

resulta imposible aprender, aunque sólo sea a limpiar una ventana o a barrer el suelo. La irreflexión y la ineficacia son demasiado frecuentes. Hay mucho espacio en el mundo para lo común. Hay mucho espacio en el mundo para personas reflexivas y eficientes. Los empleadores de mano de obra saben lo difícil que es conseguir la mejor mano de obra. El buen trabajador, ya sea con herramientas o con cerebro, ya sea con la palabra o con el pensamiento, siempre encontrará un lugar para el ejercicio de su habilidad.

El ingenio es el resultado de la eficiencia. Es un elemento importante en la prosperidad, porque el hombre ingenioso nunca se confunde. Puede tener muchas caídas, pero siempre estará a la altura de la ocasión, y se levantará inmediatamente. El ingenio tiene su causa fundamental en la conservación de la energía. Es energía transmutada. Cuando un hombre elimina ciertos vicios mentales o corporales que han estado agotando su energía, ¿qué pasa con la energía así conservada? No se destruye ni se pierde, porque la energía nunca puede destruirse ni perderse. Se convierte en energía productiva. Reaparece en forma de pensamiento fructífero. El hombre virtuoso siempre tiene más éxito que el hombre vicioso porque está repleto de recursos. Toda su mentalidad está viva y vigorosa, rebosante de energía almacenada. Lo que el hombre vicioso desperdicia en la indulgencia estéril, el hombre virtuoso lo utiliza en la industria fructífera. Una nueva vida y un nuevo mundo, que abundan en todas las búsquedas fascinantes y en los placeres puros, se abren para el hombre que se aísla del viejo mundo del vicio animal, y su lugar estará asegurado por los recursos que brotarán dentro de él. La semilla estéril perece en la tierra; no hay lugar para ella en la economía fructífera de la naturaleza. Las mentes estériles se hunden en la lucha de la vida. La sociedad humana hace el bien, y no hay lugar en ella para el vacío engendrado por el vicio. Pero la mente estéril no se hundirá para siempre. Cuando quiera, puede volverse fructífera y recuperarse a sí misma. Por la propia naturaleza de la existencia, por la eterna ley del progreso, el hombre vicioso debe caer; pero habiendo caído, puede volver a levantarse. Puede pasar

del vicio a la virtud, y mantenerse en pie, auto-respetado y seguro, sobre sus propios recursos.

Los hombres con recursos inventan, descubren, inician. No pueden fracasar, porque están en la corriente del progreso. Están llenos de nuevos planes, nuevos métodos, nuevas esperanzas, y su vida es mucho más plena y rica por ello. Son hombres de mentes flexibles. Cuando un hombre no logra mejorar su negocio, su trabajo, sus métodos, se sale de la línea del progreso, y ha comenzado a fracasar. Su mente se ha vuelto rígida e inerte, como el cuerpo de un anciano, y por eso no puede seguir el ritmo de las ideas y los planes en rápido movimiento de las mentes ingeniosas. Una mente ingeniosa es como un río que nunca se seca, y que proporciona refresco, y suministra nuevo vigor, en tiempos de sequía. Los hombres de recursos son hombres de ideas nuevas, y los hombres de ideas nuevas florecen donde otros se desvanecen y decaen.

La originalidad es el ingenio madurado y perfeccionado. Donde hay originalidad hay genio, y los hombres de genio son las luces del mundo. Cualquiera que sea el trabajo que realice un hombre, debe recurrir a sus propios recursos al hacerlo. Aunque aprenda de los demás, no debe imitarlos servilmente, sino que debe poner de su parte para que su obra sea nueva y original. Los hombres originales consiguen el oído del mundo. Al principio pueden ser ignorados, pero al final siempre son aceptados y se convierten en modelos para la humanidad. Una vez que un hombre ha adquirido la destreza de la originalidad, toma su lugar como líder entre los hombres en su departamento particular de conocimiento y habilidad. Pero la originalidad no puede ser forzada; sólo puede ser desarrollada; y se desarrolla procediendo de la excelencia a la excelencia, ascendiendo en la escala de la habilidad por el uso completo y correcto de sus poderes mentales. Que un hombre se consagre a su trabajo, que, así consagrado, concentre todas sus energías en él, y llegará el día en que el mundo lo aclame como uno de sus hijos fuertes; y él tam-

bién, como Balzac, que, después de muchos años de extenuante trabajo, un día exclamó: "¡Estoy a punto de convertirme en un genio! "Estoy a punto de convertirme en un genio", descubrirá al menos, para su alegría, que se ha unido a la compañía de las mentes originales, los dioses que guían a la humanidad hacia caminos más nuevos, más elevados y más benéficos.

La composición del Segundo Pilar se revela así. Su construcción espera al hombre preparado para trabajar que aplique hábilmente sus energías mentales.

4. TERCER PILAR: INTEGRIDAD

No se puede hacer un trato barato con la prosperidad. Hay que comprarla, no sólo con trabajo inteligente, sino con fuerza moral. Como la burbuja no puede perdurar, el fraude no puede prosperar. Da un estirón febril en la adquisición de dinero, y luego se derrumba. Nunca se gana, ni se puede ganar, con el fraude. Sólo se obtiene por un tiempo, para ser devuelto de nuevo con grandes intereses. Pero el fraude no se limita al estafador sin escrúpulos. Todos los que obtienen, o intentan obtener, dinero sin dar un equivalente están practicando el fraude, lo sepan o no. Los hombres que maquinan ansiosamente cómo obtener dinero sin trabajar por él, son fraudes, y mentalmente están estrechamente aliados con el ladrón y el estafador bajo cuya influencia caen, tarde o temprano, y que les priva de su capital. ¿Qué es un ladrón sino un hombre que lleva a su lógica o más tarde, y que les priva de su capital. ¿Qué es un ladrón sino un hombre que lleva a su extremo lógico el deseo de poseer sin dar una justa retribución, es decir, ilícitamente? El hombre que corteja la prosperidad debe, en todas sus transacciones, ya sean materiales o mentales, estudiar cómo dar una justa retribución por lo que recibe. Este es el gran principio fundamental en todo comercio sano, mientras que en las cosas espirituales se convierte en el hacer a los demás lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros, y aplicado a las fuerzas del universo, se establece científicamente en la fórmula, "Acción y Reacción son iguales."

La vida humana es recíproca, no rapaz, y el hombre que considera a todos los demás como su presa legítima, pronto se encontrará varado en el desierto de la ruina, lejos del camino de la prosperidad. Está demasiado atrasado en el proceso de evolución como para enfrentarse con éxito al hombre honesto. Los más aptos, los mejores, siempre sobreviven, y él, siendo el peor, no puede por tanto continuar. Su fin, a menos que el cambio en el tiempo, es seguro que es la meta, el tugurio sucio, o el lugar de los parias abandonados. Sus

esfuerzos son destructivos, y no constructivos, y con ello se destruye a sí mismo.

Fue Carlyle quien, refiriéndose a que Mahoma era entonces considerado universalmente como un impostor, exclamó: "¡Un impostor fundó una religión! Un impostor no podría construir una casa de ladrillos" un impostor, un mentiroso un tramposo el hombre de la deshonestidad no puede construir ya que no tiene ni herramientas ni material con el que construir. No puede construir un negocio, un carácter, una carrera, un éxito, como no puede fundar una religión o construir una casa de ladrillos. No sólo no construye, sino que todas sus energías están empeñadas en socavar lo que otros han construido, pero siendo él imposible, se socava a sí mismo.

Sin integridad, la energía y la economía acabarán por fracasar, pero ayudadas por la integridad, su fuerza aumentará enormemente. No hay una ocasión en la vida en la que el factor moral no desempeñe un papel importante. La integridad pura cuenta dondequiera que esté, e imprime su marca en todas las transacciones; y lo hace debido a su maravillosa coherencia y consistencia, y a su fuerza invencible. Porque el hombre íntegro está en línea con las leyes fijas de las cosas, no sólo con los principios fundamentales sobre los que descansa la sociedad humana, sino con las leyes que mantienen unido el vasto universo. ¿Quién puede ponerlas en entredicho? ¿Quién puede socavar al hombre de integridad intachable? Es como un árbol fuerte cuyas raíces se alimentan de manantiales perennes, y al que ninguna tempestad puede derribar.

Para ser completa y fuerte, la integridad debe abarcar a todo el hombre, y extenderse a todos los detalles de su vida; y debe ser tan completa y permanente como para resistir todas las tentaciones de desviarse hacia el compromiso. Fallar en un punto es fallar en todos, y admitir, bajo presión, un compromiso con la falsedad, por muy ne-

cesario e insignificante que parezca, es arrojar el escudo de la integridad, y quedar expuesto a los ataques del mal.

El hombre que trabaja tan cuidadosa y concienzudamente cuando su empleador está lejos como cuando su ojo está sobre él, no permanecerá mucho tiempo en una posición inferior. Tal integridad en el deber, en el cumplimiento de los detalles de su trabajo, lo llevará rápidamente a las fértiles regiones de la prosperidad.

Por el contrario, el negligente, el que no tiene escrúpulos en descuidar su trabajo cuando su empleador no está presente, robando así a su empleador el tiempo y el trabajo por el que se le paga, llegará rápidamente a la región estéril del desempleo, y buscará en vano el trabajo necesario.

También llegará un momento, para el hombre que no está profundamente arraigado en la integridad, en que le parecerá necesario para sus perspectivas y prosperidad decir una mentira o hacer algo deshonesto -digo, para el hombre que no está profundamente arraigado en este principio, porque un hombre de integridad fija e ilustrada sabe que la mentira y la deshonestidad no pueden ser necesarias bajo ninguna circunstancia, y por lo tanto no necesita ser tentado en este particular, ni puede ser tentado, sino que el que es tentado debe ser capaz de desechar la sutil insinuación de falsedad que, en un momento de indecisión y perplejidad, surge dentro de él, y debe mantenerse firme en el principio, estando dispuesto a perder y sufrir antes que hundirse en la oblicuidad. Sólo así puede iluminarse respecto a este principio moral, y descubrir la feliz verdad de que la integridad no conduce a la pérdida y al sufrimiento, sino a la ganancia y a la alegría; que la honestidad y la privación no están, ni pueden estar, relacionadas como causa y efecto.

Es esta disposición a sacrificar antes que faltar a la verdad lo que conduce a la iluminación en todas las esferas de la vida; y el hombre que, antes que sacrificar algún objetivo egoísta, miente o engaña, ha perdido su derecho a la iluminación moral, y ocupa un lugar más bajo entre los devotos del engaño, entre los realizadores de transacciones turbias, que los hombres sin carácter y sin reputación.

Un hombre no está verdaderamente blindado con la integridad hasta que se ha vuelto incapaz de mentir o engañar ya sea por gesto, palabra o acto; hasta que ve, clara y abiertamente, y liberado de toda duda, los efectos mortales de tal baja moral. El hombre así iluminado está protegido desde todos los frentes, y no puede ser socavado por los hombres deshonestos más de lo que el sol puede ser derribado del cielo por los locos, y las flechas del egoísmo y la traición que puedan ser lanzadas sobre él rebotarán en la fuerte armadura de su integridad y el brillante escudo de su rectitud, dejándolo ileso e intacto.

Un comerciante mentiroso te dirá que ningún hombre puede prosperar y ser honesto en estos días de aguda competencia. ¿Cómo puede saber esto un hombre así, ya que nunca ha intentado ser honesto? Además, tal hombre no tiene conocimiento de la honestidad, y su declaración es, por lo tanto, una declaración de ignorancia, y la ignorancia y la falsedad ciegan tanto a un hombre que se imagina tontamente que todos son tan ignorantes y falsos como él. He conocido a tales comerciantes, y los he visto llegar a la ruina. Una vez escuché a un comerciante hacer la siguiente declaración en una reunión pública: "Ningún hombre puede ser completamente honesto en los negocios; sólo puede ser aproximadamente honesto". Se imaginó que su declaración revelaba la condición del mundo de los negocios; no fue así, sino que reveló su propia condición. Se limitaba a decir a su público que era un hombre deshonesto, pero su ignorancia, su ignorancia moral, le impedía verlo. La honestidad aproximada es sólo otro término para la deshonestidad. El hombre que

se desvió un poco del camino recto, se desviará más. No tiene un principio fijo de derecho y sólo piensa en su propia ventaja. Que se persuada de que su deshonestidad particular es de un tipo blanco e inofensivo, y que no es tan malo como su vecino, es sólo una de las muchas formas de autoengaño que crea la ignorancia de los principios morales.

La conducta correcta entre el hombre y la persona en las diversas relaciones y transacciones de la vida es el alma misma de la integridad. Incluye, pero es más que la honestidad. Es la espina dorsal de la sociedad humana y el soporte de las instituciones humanas. Sin ella no habría confianza entre los hombres, y el mundo de los negocios se derrumbaría.

Así como el mentiroso piensa que todos los hombres son mentirosos y los trata como tales, el hombre íntegro trata a todos los hombres con confianza. Confía en ellos y ellos confían en él. Su ojo claro y su mano abierta avergüenzan al fraude rastrero para que no pueda practicar su fraude en él. Como Emerson ha expresado tan finamente: "Confía en los hombres y te serán fieles, aunque hagan una excepción en tu favor a todas sus reglas de comercio".

El hombre recto, por su sola presencia, ordena la moralidad de los que lo rodean haciéndolos mejores de lo que eran. Los hombres están poderosamente influenciados unos por otros, y, como el bien es más poderoso que el mal, el hombre fuerte y bueno avergüenza y eleva, por su contacto, al débil y malo.

El hombre íntegro lleva consigo una grandeza inconsciente que asombra e inspira. Habiéndose elevado por encima de lo insignificante, lo mezquino y lo falso, esos vicios cobardes se escabullen de su presencia confundidos. El más alto don intelectual no puede compararse con esta elevada grandeza moral. En la memoria de los

hombres y en la estimación del mundo, el hombre íntegro ocupa un lugar más elevado que el hombre de genio. Buckminster dice: "La grandeza moral de una integridad independiente es lo más sublime de la naturaleza". Es la cualidad en el hombre que produce héroes. El hombre de rectitud inquebrantable es, intrínsecamente, siempre un héroe. Sólo necesita la ocasión para hacer aflorar el elemento heroico. Siempre, además, posee una felicidad permanente. El hombre de genio puede ser muy infeliz, pero no para el hombre íntegro. Nada -ni la enfermedad, ni la calamidad, ni la muerte- puede privarle de esa satisfacción permanente que es inherente a la rectitud.

La rectitud conduce directamente a la prosperidad por cuatro pasos sucesivos. Primero, el hombre recto se gana la confianza de los demás. Segundo, habiendo ganado su confianza, ellos ponen su confianza en él. Tercero, esta confianza, al no ser nunca violada, produce una buena reputación; y cuarto, una buena reputación se extiende más y más, y así trae el éxito.

La deshonestidad tiene el efecto contrario. Al destruir la confianza de los demás, produce en ellos recelo y desconfianza, y éstos traen consigo una mala reputación, que culmina en el fracaso.

El Pilar de la Integridad se mantiene unido por estos cuatro elementos viriles:

1. La honestidad
2. Intrepidez
3. Capacidad de decisión
4. Invencibilidad

La honestidad es el camino más seguro hacia el éxito. Llega el día en que el hombre deshonesto se arrepiente con dolor y sufrimiento:

pero ningún hombre necesita arrepentirse de haber sido honesto. Incluso cuando el hombre honesto fracasa, como ocurre a veces, por falta de otros de estos pilares, como la energía, la economía o el sistema, su fracaso no es tan grave como el del hombre deshonesto, pues siempre puede alegrarse de no haber defraudado nunca a un semejante. Incluso en su hora más oscura encuentra reposo en una conciencia tranquila.

Los hombres ignorantes se imaginan que la deshonestidad es un atajo hacia la prosperidad. Por eso la practican. El hombre deshonesto es moralmente miope. Al igual que el borracho, que ve el placer inmediato de su hábito, pero no la degradación final, ve el efecto inmediato de un acto deshonesto: una mayor ganancia, pero no su resultado final; no ve que un número acumulado de tales actos debe inevitablemente socavar su carácter, y llevar su negocio a la ruina. Mientras se embolsa sus ganancias, y piensa en lo inteligente y exitoso que es imponer a otros, todo el tiempo se está imponiendo a sí mismo, y cada moneda así ganada debe ser devuelta con intereses añadidos, y de esta justa retribución no hay escapatoria posible. Esta gravitación moral es tan segura e invariable como la gravitación física de una piedra hacia la tierra.

El comerciante que exige a sus ayudantes que lo sean, y falsea sus mercancías a los clientes, se rodea por todas partes de sospecha, desconfianza y odio. Incluso los débiles morales que llevan a cabo sus instrucciones, lo desprecian mientras se contaminan con su trabajo impuro. ¿Cómo puede prosperar el éxito en una atmósfera tan venenosa? El espíritu de la ruina ya está en tal negocio, y el día de su caída está ordenado.

Un hombre honesto puede fracasar, pero no por ser honesto, y su fracaso será honorable, y no dañará su carácter y reputación. Su fracaso, además, resultante sin duda de su incapacidad en la direc-

ción particular de su fracaso, será un medio para conducirlo a algo más adecuado a sus talentos, y por lo tanto al éxito final.

La intrepidez acompaña a la honestidad. El hombre honesto tiene un ojo claro y una mirada inquebrantable. Mira a sus compañeros a la cara, y su discurso es directo y convincente. El mentiroso y el tramposo cuelgan la cabeza; su ojo es turbio y su mirada oblicua. No puede mirar a los ojos a otro hombre, y su discurso despierta desconfianza, pues es ambiguo y poco convincente.

Cuando un hombre ha cumplido con sus obligaciones, no tiene nada que temer. Todas sus relaciones comerciales son seguras. Sus métodos y sus acciones soportarán la luz del día. Si pasa por un momento difícil y se endeuda, todo el mundo confiará en él y estará dispuesto a esperar el pago, y todas sus deudas quedarán saldadas. La gente deshonesto trata de evitar el pago de sus deudas y vive con miedo; pero el hombre honesto trata de evitar endeudarse, pero cuando la deuda lo alcanza, no teme, sino que, redoblando sus esfuerzos, sus deudas son pagadas.

Los deshonestos siempre tienen miedo. No temen las deudas, sino que temen tener que pagarlas. Temen a sus semejantes, temen a las autoridades establecidas, temen los resultados de todo lo que hacen, y están en constante temor de que sus fechorías sean reveladas, y de las consecuencias que pueden alcanzarlos en cualquier momento.

El hombre honesto se libra de toda esta carga de miedo. Tiene el corazón ligero, y camina erguido entre sus compañeros; no asumiendo un papel, y escondiéndose y encogiéndose, sino siendo él mismo, y encontrándose cara a cara. Al no engañar ni herir a nadie, no hay nada que temer, y cualquier cosa y contra él sólo puede rebotar en su beneficio.

Y esta intrepidez es, en sí misma, una torre a la fuerza en la vida de un hombre, apoyándolo a través de todas las emergencias, permitiéndole batallar varonilmente con las dificultades, y al final asegurando para él ese éxito del que no puede ser desposeído.

La determinación es el resultado directo de la fuerza de carácter que fomenta la integridad. El hombre íntegro es el hombre de objetivos directos y propósitos fuertes e inteligentes. No adivina ni trabaja en la oscuridad. Todos sus planes tienen algo de esa fibra moral de la que está forjado su carácter. El trabajo de un hombre siempre se reflejará de alguna manera en sí mismo, y el hombre de sólida integridad es el hombre de sólidos planes. Pondera y considera y mira hacia adelante, y así es menos probable que cometa errores graves, o que se meta en un dilema del que es difícil escapar. Al adoptar un punto de vista moral de todas las cosas, y al considerar siempre las consecuencias morales, se encuentra en un terreno más firme y exaltado que el hombre de mera política y conveniencia; y al mismo tiempo que domina una visión más amplia de cualquier situación, ejerce el mayor poder que le confiere una comprensión más completa de los detalles con los principios implicados. La moral siempre tiene la ventaja de la conveniencia. Sus propósitos siempre llegan muy por debajo de la superficie, y por lo tanto son más firmes y seguros, más fuertes y duraderos. También hay una franqueza nativa en la integridad, que permite al hombre ir directamente al blanco en cualquier cosa que haga, y que hace que el fracaso sea casi imposible.

Los hombres fuertes tienen propósitos fuertes, y los propósitos fuertes conducen a logros fuertes. El hombre íntegro es, por encima de todos los hombres, fuerte, y su fuerza se manifiesta en la minuciosidad con la que hace los asuntos de su vida; minuciosidad que inspira respeto, admiración y éxito.

La invencibilidad es un protector glorioso, pero sólo envuelve al hombre cuya integridad es perfectamente pura e inatacable. No violar nunca, ni siquiera en lo más insignificante, el principio de integridad, es ser invencible contra todos los asaltos de la insinuación, la calumnia y la tergiversación. El hombre que ha fallado en un punto es vulnerable, y la flecha del mal, entrando en ese punto, lo abatirá, como la flecha en el talón de Aquiles. La integridad pura y perfecta es a prueba de todo ataque y perjuicio, y permite a su poseedor hacer frente a toda oposición y persecución con un valor intrépido y una ecuanimidad sublime. Ninguna cantidad de talento, intelecto o perspicacia en los negocios puede dar a un hombre el poder de la mente y la paz del corazón que provienen de la aceptación y la observancia de elevados principios morales. La fuerza moral es el mayor poder. Que el buscador de una verdadera prosperidad descubra esta fuerza, que la fomente y desarrolle en su mente y en sus actos, y a medida que tenga éxito ocupará su lugar entre los líderes fuertes de la tierra.

Tal es el Pilar fuerte y adamantino de la integridad. Bendito y próspero sobre todos los hombres será aquel que construya su mamposería incorruptible en el templo de su vida.

5. CUARTO PILAR: SISTEMA

El sistema es ese principio de orden por el que la confusión se hace imposible. En el orden natural y universal todo está en su lugar, de modo que el vasto universo funciona más perfectamente que la máquina más perfecta. El desorden en el espacio significaría la destrucción del universo; y el desorden en los asuntos del hombre destruye su trabajo y su prosperidad.

Todas las organizaciones complejas se construyen por sistema. Ningún negocio o sociedad puede desarrollarse en grandes dimensiones al margen del sistema, y este principio es preeminentemente el instrumento del comerciante, del hombre de negocios y del organizador de instituciones.

Hay muchos departamentos en los que un hombre desordenado puede tener éxito -aunque la atención al orden aumentaría su éxito-, pero no tendrá éxito en los negocios a menos que pueda ponerlos enteramente en manos de un gestor sistemático, que de este modo remedie su propio defecto.

Todas las grandes empresas han evolucionado siguiendo líneas sistemáticas definidas, cuya violación sería desastrosa para la eficiencia y el bienestar de la empresa. Las empresas complejas u otras organizaciones se construyen como los cuerpos complejos de la naturaleza, mediante una atención escrupulosa a los detalles. El hombre desordenado cree que puede despreocuparse de todo menos del fin principal, pero al ignorar los medios frustra el fin. Por el desorden de los detalles, los organismos perecen, y por el descuido de los detalles, se impide el crecimiento de cualquier obra o preocupación.

Las personas desordenadas pierden una enorme cantidad de tiempo y energía. El tiempo desperdiciado en la búsqueda de cosas es suficiente, si se conserva por el orden, para permitirles lograr cualquier éxito, ya que las personas desordenadas nunca tienen un lugar para nada, y tienen que cazar, a menudo durante mucho tiempo, cualquier artículo que necesiten. En la irritación, el mal humor y el disgusto que provoca esta búsqueda diaria de cosas, se disipa tanta energía como la que se necesitaría para construir un gran negocio, o escalar las más altas alturas de los logros en cualquier dirección.

Las personas ordenadas conservan tanto su tiempo como su energía. Nunca pierden nada, y por lo tanto nunca tienen que encontrar nada. Todo está en su lugar, y la mano puede ser colocada de inmediato en él, aunque esté en la oscuridad. Pueden permitirse el lujo de ser fríos y deliberados y utilizar así sus energías mentales en algo más provechoso que la irritación, el mal humor y el acusar a los demás por su propia falta de orden.

Hay una especie de genio en el sistema que puede realizar aparentes maravillas con facilidad. Un hombre sistemático puede realizar una cantidad tan grande de trabajo en tan poco tiempo, y con tal libertad de agotamiento, que parece casi milagroso. Escala las alturas del éxito mientras su competidor desaliñado se revuelca sin remedio en las ciénagas de la confusión. Su estricta observancia de la ley del orden le permite llegar a sus fines, con rapidez y fluidez, sin fricciones ni pérdidas de tiempo.

Las exigencias del sistema, en todos los departamentos del mundo de los negocios, son tan rígidas y exigentes como los votos sagrados de un santo, y no pueden ser violadas en el más mínimo detalle sino a riesgo de las propias perspectivas financieras. En el mundo de las finanzas, la ley del orden es una necesidad férrea, y

quien la observa impecablemente, ahorra tiempo, temperamento y dinero.

Todo logro perdurable en la sociedad humana se apoya en una base de sistema; tan cierto es esto, que si se retirara el sistema, el progreso cesaría. Pensad, por ejemplo, en los vastos logros de la literatura, en las obras de los autores clásicos y de los grandes genios, en los grandes poemas, en las innumerables obras en prosa, en las historias monumentales, en las oraciones que conmueven el alma; Piensa también en las relaciones sociales de la sociedad humana, en sus religiones, en sus estatutos legales y en su vasto fondo de conocimiento bibliográfico. Piensa en todos estos maravillosos recursos y logros del lenguaje, y luego reflexiona que todos ellos dependen, para su origen, crecimiento y continuidad, de los arreglos sistemáticos de veintiséis letras, un arreglo que tiene resultados inagotables e ilimitados por el hecho de su rígida limitación dentro de ciertas reglas fijas.

De nuevo, todos los maravillosos logros de las matemáticas han surgido de la disposición sistemática de diez cifras; mientras que la pieza más compleja de la maquinaria, con sus miles de partes que trabajan juntas suavemente y casi sin ruido para el logro del fin para el que fue diseñada, se produjo por la observancia sistemática de unas pocas leyes mecánicas.

Aquí vemos cómo el sistema simplifica lo que es complejo: cómo hace fácil lo que era difícil; cómo relaciona una infinita variedad de detalles de una ley u orden central, y así permite tratarlos y explicarlos con perfecta regularidad, y con una total ausencia de confusión.

El científico nombra y clasifica la miríada de detalles del universo, desde el rotífero microscópico hasta la estrella telescópica, mediante su observancia del principio de sistema, de modo que entre mu-

chos millones de objetos, se puede hacer referencia a cualquier objeto en, como máximo, unos pocos minutos. Es esta facultad de referencias rápidas y de envío rápido la que tiene una importancia tan abrumadora en todos los departamentos del conocimiento y de la industria, y la cantidad de tiempo y de trabajo que se ahorra así a la humanidad es tan grande como para ser incompatible. Hablamos de sistemas religiosos, políticos y comerciales; y así sucesivamente, indicando que todas las cosas en la sociedad humana están soldadas por las cualidades adhesivas del orden.

El sistema es, en efecto, uno de los grandes principios fundamentales en el progreso y en la unión, en un todo completo, de los millones de seres humanos del mundo, mientras que al mismo tiempo cada uno de ellos lucha por un lugar y compite con los demás en objetivos e intereses opuestos.

Vemos aquí cómo el sistema está aliado con la grandeza, porque las muchas unidades separadas cuyas mentes no están entrenadas para la disciplina del sistema, se mantienen en sus lugares por el poder organizador de los comparativamente pocos que perciben la urgente, la ineludible, necesidad de establecer reglas fijas e inviolables, ya sea en los negocios, el derecho, la religión, la ciencia o la política, de hecho, en todas las esferas de la actividad humana, porque inmediatamente dos seres humanos se encuentran juntos, necesitan algún terreno común de entendimiento para evitar la confusión; en una palabra, algún sistema para regular sus acciones.

La vida es demasiado corta para la confusión; y el conocimiento crece y el progreso procede a lo largo de las avenidas del sistema que impiden el retraso y el retroceso, de modo que quien sistematiza su conocimiento o negocio, lo simplifica y mejora para su sucesor, permitiéndole comenzar, con una mente libre, donde lo dejó.

Toda gran empresa tiene su sistema que hace que su vasta maquinaria funcione, permitiéndole funcionar como una máquina bien equilibrada y engrasada. Un notable hombre de negocios, amigo mío, me dijo una vez que podía tener su enorme negocio durante doce meses, y que funcionaría sin problemas hasta su regreso; y ocasionalmente lo deja por varios meses, mientras viaja, y a su regreso, cada hombre, niño y niña; cada herramienta, libro y máquina; cada detalle hasta el más pequeño, está en su lugar haciendo su trabajo como cuando lo dejó; y no ha surgido ningún problema, ninguna dificultad, ninguna confusión.

No puede haber un éxito marcado en parte por el amor a la regularidad y la disciplina, y la evitación de la fricción, junto con el descanso y la eficiencia de la mente que surgen de tal regularidad. Las personas que aborrecen la disciplina, cuyas mentes son ingobernables y anárquicas, y que son descuidadas e irregulares en su pensamiento, en sus hábitos y en la gestión de sus asuntos, no pueden tener mucho éxito y prosperidad, y llenan sus vidas con numerosas preocupaciones, problemas, dificultades y pequeñas molestias, todo lo cual desaparecería bajo una regulación adecuada de sus vidas.

Una mente no sistemática es una mente no entrenada y no puede hacer frente a las mentes bien disciplinadas en la carrera de la vida más de lo que un atleta no entrenado puede completar con éxito a un competidor cuidadosamente entrenado en las carreras de atletismo. La mente mal disciplinada, que piensa que cualquier cosa servirá, cae rápidamente detrás de las mentes bien disciplinadas que están convencidas de que sólo lo mejor servirá en la extenuante carrera por los premios de la vida, ya sean premios materiales, mentales o morales. El hombre que, cuando llega a hacer su trabajo, es incapaz de encontrar sus herramientas, o de equilibrar sus cifras, o de encontrar la llave de su escritorio, o la llave de su desconsideración, estará luchando en sus afanes autodidactas mientras que su metódico vecino estará escalando libre y alegremente las vigorizantes al-

turas del éxito. El hombre de negocios cuyo método es descuidado, o engorroso, o está por detrás de los desarrollos más recientes de las mentes expertas, sólo debe culparse a sí mismo, ya que sus perspectivas son decadentes, y debe despertar a la necesidad de métodos más altamente especializados y eficaces en su preocupación. Debe aprovechar todo lo que le permita economizar tiempo y trabajo, y que le ayude a ser más minucioso, deliberante y rápido.

El sistema es la ley por la que se construye todo: todo organismo, empresa, carácter, nación, imperio. Añadiendo célula a célula, departamento a departamento, pensamiento a pensamiento, ley a ley, y colonia a colonia en ordenada secuencia y clasificación, todas las cosas, preocupaciones e instituciones crecen en magnitud, y evolucionan hasta la plenitud. El hombre que mejora continuamente sus métodos, gana en poder de construcción; por lo tanto, corresponde al hombre de negocios ser ingenioso e inventivo en la mejora de sus métodos, pues los constructores -ya sea de catedrales o de personajes, de negocios o de religiones- son los fuertes de la tierra, y los protectores y pioneros de la humanidad. El constructor sistemático es un creador y un conservador, mientras que el hombre del desorden demuele y destruye, y no puede establecerse ningún límite al crecimiento de los poderes de un hombre, a la plenitud de su carácter, a la influencia de su organización, o a la extensión de su negocio, si no conserva intacta la disciplina del orden, y tiene cada detalle en su lugar, mantiene cada departamento a su tarea especial, y tabula y clasifica con tal eficiencia y perfección que le permite en cualquier momento poner bajo examen o en requisición hasta el más remoto detalle en relación con su trabajo especial.

En el sistema están contenidos estos cuatro ingredientes:

1. Disponibilidad
2. Precisión
3. Utilidad

4. Exhaustividad

La preparación es la vivacidad. Es ese espíritu de alerta por el que se capta y se afronta inmediatamente una situación. La observancia del sistema fomenta y desarrolla este espíritu. El general exitoso debe tener el poder de enfrentarse rápidamente a cualquier movimiento nuevo e inesperado por parte del enemigo; así, todo hombre de negocios debe tener la disposición para hacer frente a cualquier desarrollo inesperado que afecte a su línea de comercio; y así también el hombre de pensamiento debe ser capaz de hacer frente a los detalles de cualquier nuevo problema que pueda surgir. La dilatación es un vicio fatal para la prosperidad, pues conduce a la incapacidad y a la estupidez. Los hombres de manos listas, corazones listos y cerebros listos, que saben lo que están haciendo, y lo hacen metódicamente, hábilmente, y con un despegue suave pero consumado, son los hombres que necesitan pensar poco en la prosperidad como un fin, ya que viene a ellos lo busquen o no; el éxito corre detrás de ellos, y llama a su puerta; y ellos inconscientemente lo ordenan por la soberbia excelencia de sus facultades y métodos.

La exactitud es de suprema importancia en todos los asuntos y empresas comerciales, pero no puede haber exactitud sin un sistema, y un sistema que es más o menos imperfecto implicará a su creador en errores más o menos desastrosos hasta que lo mejore.

La inexactitud es uno de los defectos más comunes, porque la exactitud está estrechamente relacionada con la autodisciplina, y la autodisciplina, junto con esa alegre sujeción a la disciplina externa que implica, es una indicación de la alta cultura moral a la que la mayoría aún no ha llegado. Si el hombre inexacto no se somete voluntariamente a la disciplina de su empleador o instructor, sino que piensa que sabe más, su defecto nunca podrá ser remediado, y por lo tanto se atará a una posición inferior, si en el mundo de los nego-

cios; o a un conocimiento imperfecto, si en el mundo del pensamiento.

La prevalencia del vicio de la inexactitud (y en vista de su efecto desastroso debe ser considerado como un vicio, aunque tal vez uno de los vicios menores) es evidente para todos los observadores en la forma en que la mayoría de la gente relata una circunstancia o repite una simple declaración de hecho. Casi siempre se hace falso por medio de inexactitudes más o menos marcadas. Pocas personas, tal vez (sin contar las que mienten deliberadamente), se han entrenado para ser precisas en lo que dicen, o son tan cuidadosas como para admitir y declarar su responsabilidad de error, y de esta forma común de inexactitud surgen muchas falsedades y malentendidos.

La gente se esfuerza más por ser exacta en lo que hace que en lo que dice, pero incluso en este caso la inexactitud es muy común, lo que hace que muchos sean ineficientes e incompetentes, y los incapacita para cualquier esfuerzo intenso y bien sostenido. El hombre que habitualmente emplea una parte de su propio tiempo o del de su empleador en tratar de corregir sus errores, o para cuya corrección hay que emplear a otro, no es el hombre para mantener ninguna posición en el mundo del trabajo al día; mucho menos para alcanzar un lugar entre las filas de los prósperos.

Nunca ha existido un hombre que no haya cometido algunos errores en su camino hacia su éxito particular, pero es el hombre capaz y de mente correcta que percibe sus errores y los remedia rápidamente, y que se alegra cuando se le señalan. Es habitual y persistente; la inexactitud es un vicio; y es el hombre incapaz y de mente equivocada que no ve ni admite sus errores, y que se ofende cuando se le señalan.

El hombre progresista aprende tanto de sus propios errores como de los de los demás. Siempre está dispuesto a poner a prueba los buenos consejos mediante la práctica, y aspira a una precisión cada vez mayor en sus métodos, lo que significa una perfección cada vez mayor, porque la precisión es perfecta, y la medida de la precisión de un hombre será la medida de su singularidad y perfección.

La utilidad es el resultado directo del método en el trabajo. El trabajo llega a fines fructíferos y provechosos cuando se realiza sistemáticamente. Si el jardinero ha de recoger los mejores productos, no sólo debe sembrar y plantar, sino que debe hacerlo en el momento oportuno; y si cualquier trabajo ha de ser fructífero en resultados, debe hacerse a tiempo, y no debe dejarse pasar el momento de hacer una cosa.

La utilidad considera el fin práctico; y emplea los mejores medios para alcanzarlo. Evita las cuestiones secundarias, prescinde de las teorías y sólo se aferra a aquellas cosas que pueden ser apropiadas para un buen uso en la economía de la vida.

Las personas poco prácticas cargan sus mentes con teorías inútiles y no verificables, y se ven abocadas al fracaso al hacer especulaciones que, por su propia naturaleza, no pueden aplicarse en la práctica. El hombre cuyas facultades se manifiestan en lo que hace, y no en el mero hablar están argumentando, evita las argucias metafísicas y los dilemas, y se aplica a la realización de algún fin bueno y útil.

Lo que no puede ser reducido a la práctica no debe ser permitido para obstaculizar la mente. Debe ser desechado, abandonado e ignorado. Hace poco, un hombre me dijo que si se demostrara que su teoría no tiene ningún fin útil, él seguiría aferrándose a ella como una hermosa teoría. Si un hombre elige aferrarse a las llamadas

"bellas" teorías que se ha demostrado que no tienen ninguna utilidad en la vida, y ninguna base sustancial de la realidad, no debe sorprenderse si fracasa en sus empresas mundanas, porque es un hombre poco práctico.

Cuando los poderes de la mente se desvían de la teorización especulativa a la acción práctica, ya sea en direcciones materiales o morales, la habilidad, el poder, el conocimiento y la prosperidad aumentan. La prosperidad de un hombre se mide por su utilidad para la comunidad, y un hombre es útil de acuerdo con lo que hace, y no por las teorías que sostiene.

El carpintero fabrica una silla; el constructor levanta una casa; el mecánico produce una máquina; y el sabio moldea un carácter perfecto. No los cismáticos, los teóricos y los polemistas, sino los trabajadores, los hacedores y los realizadores son la sal de la tierra.

Que un hombre se aleje de los espejismos de la especulación intelectual, y comience a hacer algo, y a hacerlo con todas sus fuerzas, y así obtendrá un conocimiento especial, ejercerá un poder especial, y alcanzará su propia y única posición y prosperidad entre sus semejantes.

La amplitud de miras es la cualidad de la mente que permite a un hombre ocuparse de un gran número de detalles relacionados, comprenderlos en su totalidad, junto con el principio único que los rige y los une. Es una cualidad magistral, que da poder de organización y gobierno, y se desarrolla mediante la atención sistemática a los detalles. El comerciante exitoso tiene en su mente, por así decirlo, todos los detalles de su negocio, y los regula mediante un sistema adaptado a su forma particular de comercio. El inventor tiene en su mente todos los detalles de su máquina, junto con su relación con un principio mecánico central, y así perfecciona su invento. El autor

de un gran poema o historia relaciona todos sus personajes e incidentes con una trama central, y así produce una obra literaria compuesta y duradera. La exhaustividad es la capacidad analítica y sintética combinada en el mismo individuo. Una mente amplia y bien ordenada, que alberga en sus silenciosas profundidades un ejército de detalles en su correcta disposición y verdadero orden de funcionamiento, es la mente que está cerca del genio, aunque no haya llegado ya. Todo hombre no puede ser un genio ni necesita serlo, pero puede ir evolucionando gradualmente su capacidad mental mediante una cuidadosa atención al sistema en sus pensamientos y negocios, y a medida que su intelecto dependa y se amplíe, sus poderes se intensificarán y su prosperidad se acentuará.

Tales son, pues, los cuatro pilares angulares del Templo de la Prosperidad, y por sí mismos son suficientes para sostenerlo permanentemente sin necesidad de añadir los cuatro restantes. El hombre que se perfecciona en Energía, Economía, Integridad y Sistema logrará un éxito duradero en el trabajo de su vida, sin importar la naturaleza de ese trabajo. Es imposible que fracase alguien que esté lleno de energía, que economice cuidadosamente su tiempo y su dinero, y que aproveche virtuosamente su vitalidad, que practique una integridad inquebrantable, y que sistematice su trabajo sistematizando primero su mente.

Los esfuerzos de un hombre así estarán bien dirigidos, y además con una fuerza concentrada, de modo que serán eficaces y fructíferos. Además, alcanzará una hombría y una dignidad independiente que, inconscientemente, impondrá respeto y éxito, y fortalecerá a los más débiles por su sola presencia en medio de ellos. "Ves a un hombre diligente en los negocios; estará delante de los reyes, no estará delante de los hombres mezquinos", dice la Escritura de alguien así. No mendigará, ni llorará, ni se quejará, ni culpará cínicamente a los demás, sino que será un hombre demasiado fuerte, puro y recto para hundirse tan bajo. Y así, alzándose en la nobleza e integridad

de su carácter, ocupará un lugar elevado en el mundo y en la estimación de los hombres. Su éxito será seguro y su prosperidad perdurará. "Estará de pie y no caerá en la batalla de la vida".

6. QUINTO PILAR: SIMPATÍA

Los pilares restantes son los cuatro pilares centrales del Templo de la Prosperidad. Le dan mayor fuerza y estabilidad, y le añaden tanto belleza como utilidad. Contribuyen en gran medida a su atractivo, ya que pertenecen a la más alta esfera moral, y por lo tanto a la gran belleza y nobleza de carácter. En efecto, hacen grande a un hombre, y lo colocan entre los comparativamente pocos cuyas mentes son raras, y que brillan aparte en la pureza chispeante y la inteligencia brillante.

La simpatía no debe confundirse con ese sentimiento sensiblero y superficial que, como una bonita flor sin raíz, parece pronto y no deja ni semilla ni fruto. Caer en la histeria de algún sufrimiento en el extranjero, no es simpatía. Tampoco los estallidos de indignación violenta contra las crueldades e injusticias de los demás son una indicación de una mente comprensiva. Si uno es cruel en su casa, si maltrata a su esposa, o golpea a sus hijos, o abusa de sus sirvientes, o apuñala a sus vecinos con flechas de amargo sarcasmo, ¡qué hipocresía hay en su profesión de amor por las personas que sufren y que están fuera del alcance inmediato de su influencia! Qué sentimiento tan superficial informa sus estallidos de indignación contra la injusticia y la dureza de corazón en el mundo que le rodea.

Dice Emerson de ellos: "Ve, ama a ese infante; ama a tu cortador de leña; sé bondadoso y modesto; ten esa gracia; y nunca barnices tu dura y poco caritativa ambición con esta increíble ternura por los negros que están a mil millas de distancia. El amor de lejos es despecho en casa". La prueba de un hombre está en sus actos inmediatos, y no en los sentimientos ultra; y si esos actos están informados consistentemente con egoísmo y amargura, si aquellos en casa escuchan sus pasos con temor, y sienten un alegre alivio en su partida, cuán vacías son sus expresiones de simpatía por los que su-

fren o son pisoteados, cuán inútil su membresía en una sociedad filantrópica.

Aunque el pozo de la simpatía puede alimentar el manantial de las lágrimas, ese manantial se abastece más a menudo del oscuro estanque del egoísmo, pues cuando el egoísmo se ve frustrado se gasta en lágrimas.

La simpatía es una ternura profunda, silenciosa, inexpresable, que se manifiesta en un carácter gentil consistentemente olvidadizo de sí mismo. Las personas simpáticas no son efusivas y espasmódicas, sino que son permanentemente auto contenidas, firmes, tranquilas, sin pretensiones y graciosas. Su conducta imperturbable, cuando se trata del sufrimiento de los demás, es frecuentemente confundida con indiferencia por las mentes superficiales, pero el ojo comprensivo y perspicaz reconoce, en su fuerza silenciosa y en su rapidez para ayudar mientras otros están barriando, y agraviando sus manos, la más profunda y sólida simpatía.

La falta de simpatía se manifiesta en el cinismo, en el sarcasmo enfermizo, en el ridículo amargo, en la burla y el escarnio, y en la ira y la condena, así como en ese sentimiento morboso y falso que es una simpatía teórica y supuesta, que no tiene base en la práctica.

La falta de simpatía surge en el egoísmo; la simpatía surge en el amor. El egoísmo está implicado en la ignorancia; el amor es aliado del conocimiento. Es común que los hombres se imaginen a sí mismos como separados de sus compañeros, con objetivos e intereses separados; y que se consideren a sí mismos como correctos y a los demás como equivocados en sus respectivos caminos. La simpatía eleva al hombre por encima de esta vida separada y centrada en sí mismo y le permite vivir en el corazón de sus semejantes, y pensar y sentir con ellos. Se pone en su lugar y se convierte, por el momento,

en alguien como ellos. Como lo expresa Whitman, el héroe del hospital: "No pregunto al herido". Es una especie de impertinencia cuestionar a una criatura que sufre. El sufrimiento exige ayuda y ternura, y no curiosidad; y el hombre o la mujer comprensivos sienten el sufrimiento, y se ocupan de aliviarlo.

La simpatía no puede presumir, y dondequiera que entre la alabanza propia, la simpatía sale. Si uno habla de sus muchos actos de bondad, y se queja de los malos tratos que ha recibido a cambio, no ha hecho actos bondadosos, sino que aún no ha alcanzado ese modesto olvido de sí mismo que es la dulzura de la simpatía.

La simpatía, en su sentido real y profundo, es la unión con los demás en sus esfuerzos y sufrimientos, de modo que el hombre de la simpatía es un ser compuesto; es, por así decirlo, un número de hombres, y ve una cosa desde varios lados diferentes, y no desde un solo lado, y ese su propio lado particular. Ve con los ojos de los demás hombres, oye con sus oídos, piensa con sus mentes y siente con sus corazones. Así es capaz de comprender a los hombres que son enormemente diferentes de él; el sentido de sus vidas se le revela, y se une a ellos en el espíritu de la buena voluntad. Dijo Balzac - "Los pobres me fascinan; su hambre es mi hambre; estoy con ellos en sus casas; sus privaciones las sufro; siento los harapos del mendigo sobre mi espalda; me convierto por el momento en el hombre pobre y despreciado". Nos recuerda el dicho de uno más grande que Balzac, de que una obra hecha por un pequeño que sufre fue hecha por él.

Y así es; la simpatía nos lleva al corazón de todos los hombres, de modo que nos unimos espiritualmente a ellos, y cuando sufren sentimos el dolor; cuando se alegran nos alegramos con ellos; cuando son despreciados y perseguidos, descendemos espiritualmente con ellos a las profundidades, y tomamos en nuestro corazón su hu-

millación y angustia; Y quien tiene este espíritu vinculante y unificador de simpatía, nunca puede ser cínico y condenatorio, nunca puede emitir juicios irreflexivos y crueles sobre sus semejantes; porque en su ternura de corazón está siempre con ellos en su dolor.

Pero para llegar a esta madura simpatía, es necesario haber amado mucho, haber sufrido mucho y haber sondeado las oscuras profundidades del dolor. Surge del conocimiento de las experiencias más profundas, de modo que un hombre ha quemado de su corazón la presunción, la irreflexión y el egoísmo. Ningún hombre puede tener verdadera simpatía si no ha sido, al menos en cierta medida, "un hombre de dolores, y concededor de la pena", pero la pena y el dolor deben haber pasado, deben haber madurado en una bondad fija y una calma habitual.

Haber sufrido tanto en una determinada dirección que el sufrimiento haya terminado, y sólo quede su sabiduría particular, le permite a uno, dondequiera que se presente ese sufrimiento, comprenderlo y tratarlo por pura simpatía; y cuando uno ha sido "perfeccionado por el sufrimiento" en muchas direcciones, se convierte en un centro de descanso y curación para los afligidos y los corazones rotos que están afligidos por los afectos que él ha experimentado y conquistado. Como una madre siente la angustia de su hijo que sufre, así el hombre simpático siente la angustia de los hombres que sufren.

Tal es la más alta y santa simpatía, pero una simpatía mucho menos perfecta es un gran poder para el bien en la vida humana y una medida de ella es necesaria en todas partes y todos los días. Al mismo tiempo que nos alegramos de que en todos los ámbitos de la vida haya personas verdaderamente comprensivas, también percibimos que la dureza, el resentimiento y la crueldad son demasiado comunes. Estas duras cualidades traen sus propios sufrimientos, y hay

quienes fracasan en sus negocios, o en su trabajo particular, enteramente por la dureza de su disposición. Un hombre ardiente y resentido, o que es duro, frío y calculador, con los resortes de la simpatía secos dentro de él, aunque sea por lo demás un hombre capaz, al final apenas evitará el desastre en sus asuntos. Su acalorada insensatez en un caso, o su fría crueldad en el otro, lo aislará gradualmente de sus semejantes y de aquellos que están inmediatamente relacionados con él en su avocación particular, de modo que los elementos de prosperidad serán eliminados de su vida, dejándolo con un fracaso solitario, y tal vez con una desesperación sin esperanza.

Incluso en las transacciones comerciales ordinarias, la simpatía es un factor importante, porque la gente siempre se sentirá atraída por aquellos que son de naturaleza amable y genial, prefiriendo tratar con ellos antes que con aquellos que son duros y prohibitivos. En todas las esferas en las que el contacto personal directo desempeña un papel importante, el hombre simpático con una capacidad media siempre tendrá preferencia sobre el hombre de mayor capacidad pero que no es simpático.

Si un hombre es un ministro o un clérigo, una risa cruel o una frase poco amable de su parte perjudicará gravemente su reputación y su influencia, pero sobre todo su influencia, pues incluso quienes admiran sus buenas cualidades, por su falta de amabilidad, le tendrán inconscientemente en menor estima personal.

Si un hombre de negocios profesa la religión, la gente esperará ver la buena influencia de esa religión en sus transacciones comerciales. Profesar ser un adorador del amable Jesús los domingos, y todo el resto de la semana ser un duro y avaro adorador de las riquezas, perjudicará su comercio, y le restará considerablemente prosperidad.

La simpatía es un lenguaje espiritual universal que todos, incluso los animales, comprenden y aprecian instintivamente, ya que todos los seres y criaturas están sujetos al sufrimiento, y esta experiencia dolorosa común conduce a esa unidad de sentimiento que llamamos simpatía.

El egoísmo impulsa a los hombres a protegerse a sí mismos a expensas de los demás; pero la simpatía los impulsa a proteger a los demás mediante el sacrificio de sí mismos; y en este sacrificio de sí mismos no hay una pérdida real y definitiva, pues mientras el placer del egoísmo es pequeño y escaso, las bendiciones de la simpatía son grandes y múltiples.

Se puede preguntar: "¿Cómo puede un hombre de negocios; cuyo objeto es desarrollar su propio oficio, practicar el autosacrificio?" Incluso el hombre puede practicar el autosacrificio justo donde está, y en la medida en que es capaz de entenderlo. Si uno sostiene que no puede practicar una virtud, pues si sus circunstancias fueran diferentes, seguiría teniendo la misma excusa. La diligencia en los negocios no es incompatible con el sacrificio personal, pues la devoción al deber, aunque ese deber sea el comercio, no es egoísmo, sino que puede ser una devoción desinteresada. Conozco a un hombre de negocios que, cuando un competidor que había tratado de "eliminarlo" en los negocios, se eliminó a sí mismo y fracasó, volvió a colocar a ese mismo competidor en el negocio. Realmente un hermoso acto de auto sacrificio; y el hombre que lo hizo es, hoy, uno de los más exitosos y prósperos hombres de negocios.

El viajero comercial más próspero que he conocido, rebosaba de exuberante amabilidad y genialidad. Era tan inocente de todos los "trucos del comercio" como un bebé recién nacido, pero su gran corazón y su rectitud varonil le ganaban amigos rápidamente dondequiera que fuera. Los hombres se alegraban de verle entrar en su

oficina o tienda o molino, y no sólo por la buena y vigorizante influencia que traía consigo, sino también porque sus negocios eran sólidos y fiables. Este hombre tuvo éxito por pura simpatía, pero una simpatía tan pura y libre de política, que probablemente él mismo hubiera negado que su éxito pudiera atribuirse a ella. La simpatía nunca puede obstaculizar el éxito. Es el egoísmo el que arruina y destruye. A medida que aumente la buena voluntad, aumentará la prosperidad del hombre. Todos los intereses son mutuos, y se mantienen o caen juntos, y a medida que la simpatía expande el corazón, extiende el círculo de influencia, haciendo que las bendiciones, tanto espirituales como materiales, abunden más.

Las cualidades que componen la gran virtud de la simpatía son cuatro, a saber

1. La bondad
2. Generosidad
3. Gentileza
4. Perspicacia

La bondad, cuando se desarrolla plenamente, no es un impulso pasajero sino una cualidad permanente. Un impulso intermitente y poco fiable no es bondad, aunque a menudo reciba ese nombre. No hay bondad en el elogio si va seguido de un abuso. El amor que parece provocar el beso espontáneo tendrá poca importancia si se asocia con un rencor espontáneo. El regalo que parecía tan amable perderá su valor si el que lo da desea después su valor a cambio. Tener los sentimientos despertados para hacer una acción bondadosa hacia otro por algún estímulo externo agradable para uno mismo, y poco después dejarse llevar al otro extremo hacia la misma persona por un acontecimiento externo desagradable para uno mismo, debe ser considerado como una debilidad de carácter; y también es

una condición egoísta, nosotros, y cuando nos agrada, estar pensando sólo en uno mismo. La verdadera bondad es inmutable, y no necesita ningún estímulo externo que la obligue a actuar. Es un pozo del que las almas sedientas siempre pueden beber, y nunca se seca. La bondad, cuando es una virtud fuerte, se otorga no sólo a aquellos que nos agradan, sino también a aquellos cuyas acciones van en contra de nuestro deseo y voluntad, y es un brillo constante y nunca variable de calor genial.

Hay algunas acciones de las que los hombres se arrepienten; tales son todas las acciones antipáticas. Hay otras acciones de las que los hombres no se arrepienten, y tales son todas las acciones bondadosas. Llega el día en que los hombres se arrepienten de las cosas crueles que han dicho y hecho; pero el día de la alegría está siempre con ellos por las cosas bondadosas que han dicho y hecho.

La crueldad estropea el carácter de un hombre, estropea su rostro con el paso del tiempo y estropea la perfección del éxito que, de otro modo, alcanzaría.

La bondad embellece el carácter, embellece el rostro con el crecimiento de los años, y permite a un hombre alcanzar la perfección del éxito a la que sus habilidades intelectuales le dan derecho. La prosperidad de un hombre se suaviza y se enriquece con la bondad de su disposición.

La generosidad va acompañada de una bondad de corazón más grande. Si la bondad es la hermana suave, la generosidad es el hermano fuerte. Un carácter libre, abierto y magnánimo es siempre atractivo e influyente. La tacañería y la mezquindad siempre repelen; son oscuras, estrechas y frías. La bondad y la generosidad siempre atacan; son soleadas, geniales, abiertas y cálidas. Lo que

repele provoca el aislamiento y el fracaso; lo que atrae, la unión y el éxito.

Dar es un deber tan importante como recibir; y el que recibe todo lo que puede y se niega a dar, al final no podrá recibir; porque es una ley espiritual que no podemos recibir si no damos, como no podemos dar si no recibimos.

Todos los maestros religiosos siempre han enseñado que dar es un gran e importante deber. Esto se debe a que dar es una de las vías de crecimiento y progreso personal. Es un medio por el que alcanzamos un desinterés cada vez mayor, y por el que evitamos volver a caer en el egoísmo. Implica que reconozcamos nuestro parentesco espiritual y social con nuestros semejantes, y que estemos dispuestos a desprendernos de una parte de lo que hemos ganado o poseemos, porque el hombre que, cuanto más obtiene, tiene aún más hambre, y se niega a aflojar su agarre sobre su acumulación, como una bestia salvaje con su presa, está retrocediendo; se está cerrando a sí mismo a todas las cualidades más elevadas y que dan alegría, y a la comunión libre y vital con los corazones humanos altruistas y felices. El Scrooge de Dickens en "Un Cuento de Navidad" representa la condición de tal hombre con vivacidad gráfica y fuerza dramática.

Nuestros hombres públicos de hoy en día en Inglaterra (probablemente también en América) son casi todos (creo que podría decir todos, ya que todavía no he conocido una excepción) grandes dadores. Estos hombres -Lord Mayors, Alcaldes, Magistrados, Concejales de Pueblos y Ciudades, y todos los hombres que ocupan cargos públicos de responsabilidad- siendo hombres que han tenido un éxito singular en la gestión de sus propios asuntos privados, son considerados los mejores hombres para la gestión de los asuntos públicos, y numerosas instituciones nobles en todo el país son testigos

perpetuos de la munificencia de sus dones. Tampoco he podido encontrar ninguna verdad sustancial en la acusación, tan a menudo lanzada contra tales hombres por los envidiosos y fracasados, de que sus riquezas se hacen injustamente. Sin ser hombres perfectos, son una clase honorable de hombres varoniles, vigorosos, generosos y exitosos, que han adquirido riquezas y honor por pura industria, habilidad y rectitud.

Que el hombre se guarde de la avaricia, de la mezquindad, de la envidia, de los celos, de la sospecha, porque estas cosas, si se albergan, le robarán todo lo mejor de la vida, sí, incluso todo lo mejor de las cosas materiales, así como todo lo mejor del carácter y de la felicidad. Que sea liberal de corazón y generoso de mano, magnánimo y confiado, no sólo dando alegremente y con frecuencia sus bienes, sino permitiendo a sus amigos y compañeros la libertad de pensamiento y de acción; que sea así, y el honor, la abundancia y la prosperidad llamarán a la puerta para ser admitidos como sus amigos y huéspedes.

La mansedumbre es semejante a la divinidad. Tal vez ninguna cualidad esté tan alejada de todo lo que es tosco, brutal y egoísta como la gentileza, de modo que cuando uno se vuelve gentil, se está volviendo divino. Sólo puede adquirirse después de mucha experiencia y mediante una gran autodisciplina. Sólo se establece en el corazón de un hombre cuando ha controlado y sometido su voz animal, una enunciación distinta, firme, pero tranquila, y libre de excitación, vehemencia o resentimiento en circunstancias peculiarmente agravantes.

Si hay una cualidad que, por encima de todas las demás, debe distinguir al hombre religioso, es la cualidad de la gentileza, pues es la marca del salón de la cultura espiritual. El hombre rudamente agresivo es una afrenta para las mentes cultivadas y los corazones

desinteresados. Nuestra palabra "caballero" no se ha alejado del todo de su significado original. Todavía se aplica a aquel que es modesto y autocontrolado, y es considerado por los sentimientos y el bienestar de los demás. Un hombre gentil, cuyo buen comportamiento es impulsado por la consideración y la amabilidad, es siempre amado, cualquiera que sea su origen. Las personas pendencieras hacen gala en sus discusiones y recriminaciones de su ignorancia y falta de cultura. El hombre que se ha perfeccionado en la gentileza nunca riñe. Nunca devuelve la palabra dura; la deja en paz, o se enfrenta a ella con una palabra amable que es mucho más poderosa que la ira. La mansedumbre está unida a la sabiduría, y el hombre sabio ha superado toda la ira en sí mismo, y así entiende cómo superarla en los demás. El caballero se salva de la mayoría de los disturbios y agitaciones con que se afligen los hombres incontrolados. Mientras ellos se desgastan con tensiones innecesarias, él está tranquilo y sereno, y tal tranquilidad y compostura son fuertes para ganar la batalla de la vida.

La perspicacia es el don de la simpatía. La mente comprensiva es la mente que percibe profundamente. Entendemos por experiencia, y no por argumento. Antes de poder conocer una cosa o un ser, nuestra vida debe tocar su vida. El argumento analiza la piel exterior, pero la simpatía llega al corazón. El cínico ve el sombrero y el abrigo, y cree ver al hombre. El vidente simpático ve al hombre, y no se preocupa por el sombrero y el abrigo. En todas las clases de odio hay una separación por la que cada uno juzga mal al otro. En todas las clases de amor hay una unión mística por la que cada uno conoce al otro. La simpatía, siendo la forma más pura de esta el más grande poeta porque tiene el corazón más grande. Ninguna otra figura en toda la literatura ha mostrado un conocimiento tan profundo del corazón humano, y de la naturaleza tanto animada como inanimada. El Shakespeare personal no se encuentra en sus obras; se funde, por simpatía, en sus personajes. El sabio y el filósofo; el loco y el necio; el borracho y la ramera - estos él, por el momento en sus experiencias particulares y los conocía mejor que ellos mismos.

Shakespeare no tiene ninguna parcialidad, ningún prejuicio; su simpatía abarca todo, desde lo más bajo hasta lo más alto.

El prejuicio es la gran barrera para la simpatía y el conocimiento. Es imposible comprender a aquellos contra los que uno alberga un prejuicio. Sólo vemos a los hombres y a las cosas tal como son cuando nos despojamos de juicios parciales. Nos convertimos en videntes cuando nos convertimos en simpatizantes. La simpatía tiene el conocimiento como compañero.

Son inseparables el corazón que siente y el ojo que ve. El hombre de la compasión es el hombre de la profecía. Aquel cuyo corazón late en sintonía con todos los corazones, a él se le revela el contenido de todos los corazones. Tampoco el pasado y el futuro son ya misterios insolubles para el hombre de la compasión. Su perspicacia moral comprende la ronda perfecta de la vida humana.

La perspicacia simpática eleva al hombre a la conciencia de la libertad, la alegría y el poder. Su espíritu inhala alegría como sus pulmones inhalan aire. Ya no existen los temores de sus semejantes a la competencia, a los tiempos difíciles, a los enemigos y a cosas similares. Estas ilusiones grovalescas han desaparecido, y se ha abierto ante su visión despierta un reino de grandeza y de grandeza.

7. SEXTO PILAR: SINCERIDAD

La sociedad humana se mantiene unida por su sinceridad. Una falsedad universal engendraría una desconfianza universal que provocaría una separación universal, si no la destrucción. La vida se hace sana, saludable y feliz, por nuestra arraigada creencia en los demás. Si no confiáramos en los hombres, no podríamos hacer negocios con ellos, ni siquiera podríamos asociarnos con ellos. El "Timón" de Shakespeare nos muestra la miserable condición de un hombre que, por su propia locura, ha perdido toda la fe en la sinceridad de la naturaleza humana. Se aparta de la compañía de todos los hombres y finalmente se suicida. Emerson dice que si el sistema de confianza se retirara del comercio, la sociedad se desmoronaría; ese sistema es una indicación de la confianza universal que los hombres depositan en los demás. Los negocios, que comúnmente los miopes y los tontos suponen que son todo fraude y engaño, se basan en una gran confianza: la confianza de que los hombres cumplirán con sus obligaciones. No se pide el pago hasta que se entregan las mercancías; y el hecho de que este sistema haya continuado durante siglos, demuestra que la mayoría de los hombres pagan sus deudas y no desean evitar ese pago.

A pesar de todos sus defectos, la sociedad humana se apoya en una sólida base de verdad. Su nota fundamental es la sinceridad. Sus grandes líderes son todos hombres de una sinceridad superlativa; y sus nombres y logros no se dejan perder - una prueba de que la virtud de la sinceridad es admirada por toda la raza.

Es fácil para los insinceros imaginar que todo el mundo es como ellos mismos, y hablar de la "podredumbre de la sociedad", -aunque una cosa podrida podría perdurar edad tras edad, pues ¿no es todo amarillo para el ojo icterico? Las personas que no pueden ver nada bueno en la constitución de la sociedad humana, deberían revisarse

a sí mismas. Su problema está cerca de casa. Llaman al bien, el mal. Se han detenido cínica y maliciosamente en el mal hasta que no pueden ver el bien, y todo y todos parecen malos. "La sociedad está podrida de arriba a abajo", le oí decir a un hombre hace poco; y me preguntó si yo no pensaba así. Le contesté que lamentaba pensar así; que aunque la sociedad tenía muchos defectos, era sólida en su núcleo, y contenía en sí misma las semillas de la perfección.

La sociedad, en efecto, es tan sólida que el hombre que desempeña un papel para el logro de fines totalmente egoístas no puede prosperar por mucho tiempo, y no puede ocupar ningún lugar como influencia. Pronto se le desenmascara y se le desacredita; y el hecho de que un hombre así pueda, aunque sea por un breve período, aprovecharse de la credulidad humana, habla bien de la confianza de los hombres, si bien revela su falta de sabiduría.

Un actor consumado en el escenario es admirado, pero el actor que diseña en el escenario de la vida se rebaja a sí mismo a la ignominia y al desprecio. Al esforzarse por aparentar lo que no es, se convierte en alguien sin individualidad, sin carácter, y se ve privado de toda influencia, de todo poder, de todo éxito.

Un hombre de profunda sinceridad es una gran fuerza moral, y no hay fuerza -ni siquiera la más alta fuerza intelectual- que pueda compararse con ella. Los hombres son poderosos en influencia según la solidez y perfección de su sinceridad. La moralidad y la sinceridad están tan estrechamente unidas, que donde falta la sinceridad, la moralidad, como poder, también falta, porque la falta de sinceridad socava todas las demás virtudes, de modo que se desmoronan y no tienen importancia. Incluso un poco de insinceridad despoja a un carácter de toda su nobleza, y lo hace común y despreciable. La falsedad es un vicio tan despreciable que ningún hombre de peso moral puede permitirse el lujo de jugar con bonitos complementos.

tos, o hacerse el tonto con trivialidades y cualquier ligereza, con el fin de agradar, y ya no es fuerte y admirable, sino que se ha convertido en un débil superficial cuya mente no tiene ningún pozo profundo de poder del que los hombres puedan sacar, ni ninguna riqueza satisfactoria que despierte en ellos una consideración de adoración.

Incluso aquellos que son halagados por el momento con la mentira pintada, o complacidos con el engaño hábilmente tejido, no escapan a esas permanentes corrientes subterráneas de influencia que mueven el corazón y moldean el juicio hacia cuestiones fijas y finales, mientras que estos engaños diseñados no crean más que ondas momentáneas en la superficie de la mente.

"Me gustan mucho sus atenciones", dijo una mujer conocida, "pero no me casaría con él". "¿Por qué no?", le preguntaron. "No me suena", fue la respuesta.

Ring true, un término lleno de significado. Se refiere a la moneda que, al ser probada por su anillo, emite un sonido que revela la esterilidad del metal en su totalidad, sin la mezcla de ningún material base. Está a la altura del estándar, y pasará en cualquier lugar y en todas partes por su valor completo.

Lo mismo ocurre con los hombres. Sus palabras y acciones emiten su propia influencia peculiar. Hay en ellos un sonido inaudible que todos los demás hombres oyen interiormente y detectan instintivamente. Ellos distinguen el anillo falso del verdadero, pero no saben cómo lo saben. Así como el oído externo puede hacer las más delicadas distinciones en los sonidos, el oído interno puede hacer distinciones igualmente sutiles entre las almas. Nadie se engaña en última instancia, sino el engañador. La locura ciega de los insinceros es que, mientras se halagan de sus exitosas simulaciones, no engañan a nadie más que a sí mismos. Sus acciones quedan al descu-

bierto ante todos los corazones. Hay en el oído del hombre un tribunal cuyos juicios no se equivocan. Si los sentidos detectan sin error, ¿no conocerá el alma infaliblemente? Esta infalibilidad interior se manifiesta en el juicio colectivo de la raza. Este juicio es perfecto; tan perfecto que en la literatura, en el arte, en la ciencia, en la invención, en la religión -en todos los departamentos del conocimiento- divide lo bueno de lo malo, lo digno de lo indigno, lo verdadero de lo falso, guardando y preservando celosamente lo primero, y permitiendo que lo segundo perezca. Las obras, las palabras y los hechos de los grandes hombres son las herencias de la raza, y ésta no se despreocupa de su valor. Mil hombres escriben un libro, y sólo uno es una obra de genio original; sin embargo, la raza selecciona a ese, lo eleva y lo preserva, mientras consigna al olvido a los novecientos noventa y nueve copistas. Diez mil hombres pronuncian una frase en una circunstancia similar, y sólo una es una frase de la sabiduría divina, pero la raza selecciona esa frase para guiar a la posteridad, mientras que las otras frases ya no se escuchan. Es cierto que la raza mata a sus profetas, pero incluso esa matanza se convierte en una prueba que revela el verdadero anillo, y los hombres detectan sus soplos. El asesinato ha llegado a la norma, y el acto de su asesinato se conserva como prueba infalible de su grandeza.

Al igual que la moneda falsa se detecta y se devuelve al crisol, mientras que la moneda de ley circula entre todos los hombres y se valora por su valor, la palabra, el hecho o el carácter falsos se perciben y se dejan caer en la nada de la que surgieron, una cosa irreal, impotente, muerta.

Las cosas falsas no tienen ningún valor, ya sean baratijas u hombres. Nos avergonzamos de las imitaciones que intentan pasar por el artículo genuino. La falsedad es barata. El farsante se convierte en un sinónimo; es menos que un hombre; es una sombra, un fantasma, una mera máscara. La verdad es valiosa. El hombre de corazón sano se convierte en un ejemplo; es más que un hombre; es

una realidad; una fuerza, un principio moldeador, por la falsedad todo se pierde - incluso la individualidad se disuelve porque la falsedad es la no-entidad, la nada. Con la veracidad se gana todo, porque la veracidad es fija, permanente, real.

Todo lo que importa es que seamos reales; que no alberguemos ningún deseo de parecer otra cosa que lo que somos; que no simulamos ninguna virtud, que no asumamos ninguna excelencia, que no adoptemos ningún disfraz. El hipócrita cree que puede guiñar el ojo al mundo y a la ley eterna del mundo. No hay más que una persona a la que engaña, y es a sí misma, y por ello la ley del mundo le inflige su justo castigo. Hay una vieja teoría de que los excesivamente malvados son aniquilados. Creo que ser un farsante es lo más cercano a la aniquilación que un hombre puede llegar a tener, porque hay un sentido en el que el hombre ha desaparecido, y en su lugar no hay más que un espejismo de farsas. Ha descendido al infierno de la aniquilación que tantos temen; y pensar que un hombre así puede prosperar es pensar que las sombras pueden hacer el trabajo de las entidades, y desplazar a los hombres reales.

Si alguien piensa que puede construir una carrera exitosa sobre las pretensiones y las apariencias, que se detenga antes de hundirse en el abismo de las sombras; porque en la insinceridad no hay suelo sólido, ni sustancia, ni realidad; no hay nada sobre lo que pueda sostenerse, ni material con el que construir; sino que hay soledad, pobreza, vergüenza, confusión, temores, sospechas, llantos, gemidos y lamentos; porque si hay un infierno más bajo, más oscuro, más sucio que todos los demás, es el infierno de la insinceridad.

Cuatro hermosos rasgos adornan la mente del hombre sincero; son:-

1. La sencillez

2. Atractivo
3. Penetración
4. Poder

La sencillez es la naturalidad. Es el ser simple, sin adornos falsos o extraños. ¿Por qué todas las cosas de la naturaleza son tan bellas? Porque son naturales. Las vemos tal y como son, sin que quieran parecerlo, porque en realidad no quieren parecerlo, porque en realidad no quieren parecer lo contrario. No hay hipocresía en el mundo de la naturaleza fuera de la naturaleza humana. La flor que es tan bella a todos los ojos perdería su belleza a todos los ojos si la naturaleza la miráramos en la realidad, y su belleza y perfección nos alegrara y asombrara. No podemos encontrar en ninguna parte un defecto, y somos conscientes de nuestra incapacidad para mejorar nada, incluso hasta lo más insignificante. Todo tiene su propia y peculiar perfección, y brilla en la belleza de la simplicidad inconsciente.

Uno de los gritos sociales modernos es: "Volver a la naturaleza". Generalmente se entiende como una cabaña en el campo, y un pedazo de tierra para cultivar. De poco servirá ir al campo si nos llevamos nuestras vergüenzas con nosotros; y cualquier barniz que pueda aferrarse a nosotros puede también lavarse justo donde estamos. Es bueno que los que se sienten agobiados por las convenciones de la sociedad vuelen al campo y busquen la tranquilidad de la naturaleza, pero fracasará si no es un medio para esa redención interior que nos devolverá a lo simple y a lo verdadero.

Pero aunque la humanidad se ha alejado de la simplicidad natural del mundo animal, está avanzando hacia una simplicidad superior, divina. Los hombres de gran genio lo son por su simplicidad espontánea. No son ajenos; son. Las mentes menores estudian el estilo y el efecto. Desean destacar en el escenario del mundo, y por ese impío deseo están condenados a la mediocridad. Hace poco me dijo

un hombre: "Daría veinte años de mi vida por poder escribir un himno inmortal". Con tal ambición un hombre no puede escribir un himno. Quiere posar. Está pensando en sí mismo, en su propia gloria. Antes de que un hombre pueda escribir un himno inmortal, o crear cualquier obra inmortal debe dar, no veinte años de su vida a la ambición, sino que su puede hacer cualquier cosa grande, y debe cantar, pintar, escribir, de diez mil experiencias amargas, diez mil fracasos, diez mil conquistas, diez mil alegrías. Debe conocer Getsemaní; debe trabajar con sangre y lágrimas.

Conservando su intelecto y sus facultades morales, y volviendo a la sencillez, el hombre se hace grande. No pierde nada real. Sólo se desprenden de las falsedades, revelando el oro estándar del carácter. Donde hay sinceridad siempre habrá simplicidad - una simplicidad del tipo que vemos en la naturaleza, la hermosa simplicidad de la verdad.

El atractivo es el resultado directo de la simplicidad. Esto se ve en el atractivo de todos los objetos naturales, a los que nos hemos referido, pero en la naturaleza humana se manifiesta como influencia personal. En los últimos años, ciertos seudomísticos han estado anunciando la venta del secreto del "magnetismo personal" por muchos dólares, mediante el cual pretenden mostrar a las personas vanas cómo pueden hacerse atractivas a los demás por ciertos medios "ocultos", como si el atractivo pudiera traerse y venderse, y ponerse y quitarse como el polvo y la pintura. Tampoco es probable que las personas que están ansiosas por ser consideradas atractivas lleguen a serlo, ya que su vanidad es una barrera para ello. El mismo deseo de ser considerado atractivo es, en sí mismo, un engaño, y conduce a la práctica de numerosos engaños. Se infiere, también, que tales personas son conscientes de carecer de los genuinos atractivos y gracias de carácter, y están en la búsqueda de un sustituto; pero no hay sustituto para la belleza de la mente y la fuerza de carácter. El atractivo, al igual que el genio, se pierde al ser codicia-

do, y lo poseen quienes tienen un carácter demasiado sólido y sincero para desearlo. No hay nada en la naturaleza humana -ni el talento, ni el intelecto, ni el afecto, ni la belleza de los rasgos- que pueda compararse en poder de atracción con esa solidez de mente y la integridad del corazón que llamamos sinceridad. Hay un encanto perenne en un hombre o una mujer sinceros, y atraen sobre sí los mejores especímenes de la naturaleza humana. No puede haber encanto personal aparte de la sinceridad. Puede haber, y hay, encaprichamiento, pero éste es una especie de enfermedad, y es muy diferente del vínculo indisoluble que une a las personas sinceras. La infatuación termina en una dolorosa desilusión, pero como no hay nada oculto entre las almas sinceras, y se mantienen en ese sólido terreno de la realidad, no hay que mostrar ninguna ilusión.

Los líderes entre los hombres atraen por el poder de su sinceridad, y la medida de su sinceridad es la gran puede ser el intelecto de un hombre nunca puede ser un líder permanente y guía de los hombres a menos que sea sincero. Durante un tiempo puede navegar alegremente en la corriente de la popularidad, y creerse seguro, pero es sólo que pronto puede caer más bajo en el odio popular. No puede engañar al pueblo durante mucho tiempo con su fachada pintada. Pronto mirarán detrás y descubrirán de qué material espurio está hecho. Es como una mujer con la cara pintada. Ella cree que es admirada por su complexión, pero todos saben que es pintura, y la desprecian por ello. tiene un admirador: ella misma, y el infierno de la limitación al que todos los insinceros se comprometen es el infierno de la auto-admiración.

Las personas sinceras no piensan en sí mismas, en su talento, en su genio, en su virtud, en su belleza, y como son tan inconscientes de sí mismas, atraen a todos, y se ganan su confianza, su afecto y su estima.

La penetración pertenece a los sinceros. Todas las farsas se desvelan en su presencia. Todos los simuladores son transparentes para el ojo escrutador del hombre sincero. Con una mirada clara, él ve a través de todas sus endeble pretensiones. Los embaucadores con bajo su fuerte mirada, y quieren alejarse de ella. El que ha despojado su corazón de toda falsedad, y sólo alberga lo que es verdadero, ha adquirido el poder de distinguir lo falso de lo verdadero en los demás. No se engaña quien no se engaña a sí mismo.

Como los hombres, mirando a su alrededor los objetos de la naturaleza, los distinguen infaliblemente como una serpiente, un pájaro, un caballo, un árbol, una rosa, etc., así el hombre sincero distingue entre la variedad de caracteres. Percibe en un movimiento, una mirada, una palabra, un acto, la naturaleza del hombre, y actúa en consecuencia. Está en guardia sin sospechar. Está preparado para el pretendiente sin ser desconfiado. Actúa desde el conocimiento positivo, y no desde la sospecha negativa. Los hombres están abiertos a él, y él lee su contenido. Su juicio penetrante llega hasta el centro de las acciones. Su conducta directa e inequívoca refuerza en los demás lo bueno y avergüenza lo malo, y es un bastón de fuerza para los que aún no han alcanzado su solidez de corazón y cabeza.

El poder va acompañado de la penetración. La comprensión de la naturaleza de las acciones va acompañada del poder de conocer y tratar todas las acciones de la manera correcta y mejor. El conocimiento es siempre poder, pero el conocimiento de la naturaleza de las acciones es un poder superlativo, y quien lo posee se convierte en una Presencia para todos los corazones, y modifica sus acciones para el bien. Mucho después de que su presencia corporal haya desaparecido, sigue siendo una fuerza moldeadora en el mundo y es una realidad espiritual que trabaja sutilmente en las mentes de los hombres, y los moldea hacia fines sublimes. Al principio su poder es local y limitado, pero el círculo de la rectitud que ha puesto en

movimiento, continúa extendiéndose y ampliándose hasta abarcar el mundo entero, y todos los hombres son influenciados por él.

El hombre sincero imprime su carácter en todo lo que hace, y también en todas las personas con las que entra en contacto. Habla una palabra a tiempo, y alguien queda impresionado; la influencia se comunica a otro, y a otro, y al momento algún alma desesperada a diez mil millas de distancia la escucha y es restaurada. Tal poder es la prosperidad en sí misma, y su valor no debe ser valorado en moneda. El dinero no puede comprar las joyas inapreciables del carácter, pero el trabajo en la acción correcta sí puede, y aquel que se hace sincero, que adquiere una robusta solidez en todo su ser, se convertirá en un hombre de singular éxito y raro poder.

Tal es el fuerte pilar de la sinceridad. Su poder de sostén es tan grande que, una vez que está completamente erigido, el Templo de la Prosperidad es seguro. Sus paredes no se desmoronarán; sus vigas no se deteriorarán; su techo no se derrumbará. Se mantendrá en pie mientras el hombre viva, y cuando haya fallecido continuará proporcionando un refugio y un hogar para otros a través de muchas generaciones.

8. SÉPTIMO PILAR: IMPARCIALIDAD

Deshacerse de los prejuicios es un gran logro. Los prejuicios amontonan obstáculos en el camino de un hombre - obstáculos para la salud, el éxito, la felicidad y la prosperidad, de modo que está continuamente corriendo contra enemigos imaginarios, que, cuando se elimina el prejuicio, se ven como amigos. La vida, en efecto, es una especie de carrera de obstáculos para el hombre de los prejuicios, una carrera en la que no se pueden sortear los obstáculos y no se llega a la meta; mientras que para el hombre imparcial la vida es un día de paseo por un país agradable, con frescos y descanso al final de la jornada.

Para adquirir la imparcialidad, el hombre debe eliminar ese egoísmo innato que le impide ver cualquier cosa desde otro punto de vista que no sea el suyo. Una gran tarea, en verdad; pero notable, y que puede ser bien comenzada ahora, aunque no pueda ser terminada. La verdad puede "remover montañas", y el prejuicio es una gama de montañas mentales más allá de las cuales el partidario no ve, y de las cuales no cree que haya ningún más allá. Sin embargo, al quitar estas montañas, se abre a la vista el panorama interminable de la variedad mental mezclada en un cuadro glorioso de luz y sombra, de color y tono, que alegra a los ojos que lo contemplan.

Por aferrarse a un prejuicio obstinado, ¡qué alegrías se pierden, qué amigos se sacrifican, qué felicidad se destruye y qué perspectivas se arruinan! Y, sin embargo, liberarse de los prejuicios es una cosa rara. Hay pocos hombres que no sean partidarios de los prejuicios en los temas que les interesan. Rara vez se encuentra un hombre que discuta desapasionadamente su tema desde ambos lados, considerando todos los hechos y sopesando todas las pruebas para llegar a la verdad sobre el asunto. Cada partidario tiene su propio caso que exponer. No busca la verdad, porque ya está convencido

de que su propia conclusión es la verdad, y que todo lo demás es un error; pero defiende su propio caso, y se esfuerza por ganar. Tampoco intenta demostrar que tiene la verdad mediante un conjunto tranquilo de hechos y pruebas, sino que defiende su posición con más o menos calor y agitación.

El prejuicio hace que un hombre se forme una conclusión, a veces sin ninguna base de hechos o conocimiento, y luego se niega a considerar cualquier cosa que no apoye esa conclusión; y de esta manera el prejuicio es una barrera completa para el logro del conocimiento. Atasca al hombre en la oscuridad y la ignorancia, e impide el desarrollo de su mente en las direcciones más elevadas y nobles. Más que esto, también lo excluye de la comunión con las mejores mentes, y lo confina a la celda oscura y solitaria de su propio egoísmo.

El prejuicio es un cierre de la mente contra la entrada de nueva luz, contra la percepción de más belleza, contra la escucha de música más divina. El partidario se aferra a su pequeña, fugaz y endeble opinión, y piensa que es lo mejor del mundo. Está tan enamorado de su propia conclusión (que no es más que una forma de amor propio), que piensa que todos los hombres deberían estar de acuerdo con él, y considera más o menos estúpidos a los hombres que no ven como él, mientras alaba el buen juicio de los que coinciden con él en su opinión. Un hombre así no puede tener conocimiento, no puede tener verdad. Está confinado a la esfera de la opinión (a sus propias ilusiones creadas por él mismo) que está fuera del ámbito de la realidad. Se mueve en una especie de auto-engaño que le impide ver los hechos más comunes de la vida, mientras que sus propias teorías - generalmente más o menos infundadas - asumen, en su mente, proporciones abrumadoras. Se imagina con cariño que todo tiene una sola cara, y esa cara es la suya. Hay al menos dos lados en todo, y quien encuentra la verdad en un asunto es quien

examina cuidadosamente ambos lados con toda libertad de excitación, y sin ningún deseo de predominio de un lado sobre otro.

En sus divisiones y controversias, el mundo en general es como dos abogados que defienden un caso. El abogado de la acusación presenta todos los hechos que prueban su lado, mientras que el abogado de la defensa presenta todos los hechos que apoyan su argumento, y cada uno menosprecia o ignora, o trata de razonar, los hechos del otro. El juez del caso, sin embargo, es como el pensador imparcial entre los hombres: habiendo escuchado todas las pruebas de ambas partes, las compara y las tamiza para formar un resumen imparcial en la causa de la justicia.

No es que esta parcialidad universal sea algo malo, ni que, como en todos los demás extremos, la naturaleza reduzca aquí las oposiciones de las partes en conflicto a un equilibrio perfecto; además, es un factor de evolución; estimula a pensar a los hombres que aún no han desarrollado el poder de suscitar un pensamiento vigoroso a voluntad, y es una fase por la que todos los hombres tienen que pasar. Pero no es más que un camino, enmarañado, confuso y doloroso, hacia la gran autopista de la Verdad. Es el son del que la imparcialidad es la ronda perfecta. El partidario ve una parte de la verdad, y la cree entera, pero el pensador imparcial ve la verdad completa que incluye todos los lados. Es necesario que veamos la verdad por secciones, por así decirlo, hasta que, habiendo reunido todas las partes, podamos juntarlas y formar el círculo perfecto, y la formación de tal círculo es el logro de la imparcialidad.

El hombre imparcial examina, sopesa y considera, libre de prejuicios y de gustos y disgustos. Su único deseo es descubrir la verdad. Abandona las opiniones preconcebidas y deja que los hechos y las pruebas hablen por sí mismos. No tiene que defenderse, porque sabe que la verdad es inalterable, que sus opiniones no pueden in-

fluir en ella y que puede ser investigada y descubierta. De este modo, se libra de una gran cantidad de fricciones y del desgaste nervioso al que está sometido el partidario febril; y además, mira directamente a la cara de la Realidad, y así se vuelve tranquilo y pacífico.

Es tan rara la ausencia de prejuicios que, dondequiera que se encuentre el pensador imparcial, es seguro que, tarde o temprano, ocupará una posición muy elevada en la estimación del mundo y en la dirección de su destino. No necesariamente un cargo en los asuntos mundanos, pues eso es improbable, sino una posición exaltada en la esfera de influencia. Puede haber uno así ahora, y puede ser un carpintero, un tejedor, un empleado; puede estar en la pobreza o en la casa de un millonario; puede ser bajo o alto, o de cualquier complexión, pero sea lo que sea y donde sea, ya ha comenzado a mover el mundo, aunque sea desconocido, y un día será reconocido universalmente como una nueva fuerza y centro creativo en la evolución.

Hubo uno hace unos mil novecientos años. No era más que un pobre carpintero iletrado; sus propios parientes lo consideraban un loco, y tuvo un final ignominioso a los ojos de sus compatriotas, pero sembró las semillas de una influencia que ha alterado el mundo entero.

Hubo otro semejante en la India hace unos veinticinco siglos. Era un hombre de éxito, muy educado, e hijo de un capitalista y propietario de tierras, un pequeño rey. Se convirtió en un mendicante sin dinero y sin hogar, y hasta el día de hoy un tercio de la raza humana rinde culto a su santuario, y es refrenado y elevado por su influencia.

"Tened cuidado cuando el gran Dios deja suelto a un pensador en este plano", dice Emerson; y un hombre no es un pensador que esté

atado por los prejuicios; es simplemente el defensor esforzado de una opinión. Cada idea debe pasar por el medio de su prejuicio particular, y recibir su color, de modo que el pensamiento desapasionado y el juicio imparcial se vuelven imposibles. Un hombre así sólo ve todo en relación, o en relación imaginaria, con su opinión, mientras que el pensador ve las cosas como son. El hombre que ha purificado tanto su mente de prejuicios y de todas las imperfecciones del egoísmo como para poder mirar directamente la realidad, ha alcanzado la cúspide del poder; tiene en sus manos, por así decirlo, la más vasta influencia, y ejercerá este poder lo sepa o no; será inseparable de su vida, e irá de él como el perfume de la flor. Estará en sus palabras, en sus actos, en sus posturas corporales y en los movimientos de su mente, incluso en su silencio y en la quietud de su cuerpo. Dondequiera que vaya, aunque vuele al desierto, no escapará a este elevado destino, porque un gran pensador es el centro del mundo; por él todos los hombres son sostenidos en sus órbitas y todo el pensamiento gravita hacia él.

El verdadero pensador vive por encima y más allá del hirviente torbellino de pasiones en el que está sumida la humanidad. No se deja llevar por consideraciones personales, porque ha comprendido la importancia de los principios impersonales, y siendo así un no combatiente en la guerra de los deseos egoístas, puede, desde la posición ventajosa de un observador imparcial pero no indiferente, ver ambos lados por igual, y comprender la causa y el significado de la contienda.

No sólo los Grandes Maestros, sino las más grandes figuras de la literatura, son aquellos que están libres de prejuicios, que, como verdaderos espejos, ven las cosas imparcialmente. Tales son Whitman, Shakespeare, Balzac, Emerson, Homero. Estas mentes no son locales, sino universales. Su actitud es cósmica y no personal.

Contienen en sí mismas todas las cosas y los seres, todos los mundos y las leyes. Son los dioses que guían a la raza, y que la sacarán por fin de su fiebre de pasión a su propia tierra serena.

El verdadero pensador es el más grande de los hombres, y su destino es el más exaltado. La mente totalmente imparcial ha alcanzado lo divino, y se regodea en la plena luz del día de la Realidad.

Los cuatro grandes elementos de la imparcialidad son

1. La justicia
2. Paciencia
3. Calma
4. Sabiduría

La justicia es dar y recibir valores iguales. Lo que se llama "hacer un trato duro" es una especie de robo. Significa que el comprador da valor sólo a una parte de su compra, apropiándose del resto como una clara ganancia. El vendedor también lo fomenta al cerrar el trato.

El hombre justo no trata de obtener una ventaja; considera los verdaderos valores de las cosas, y moldea sus transacciones de acuerdo con ellos. No deja que "lo que pagará" se anteponga a "lo que es justo", pues sabe que lo justo es lo que mejor paga al final. No busca su propio beneficio en detrimento de otro, porque sabe que una acción justa beneficia, por igual y plenamente, a ambas partes de una transacción. Si "la pérdida de uno es la ganancia de otro", es sólo para que la balanza pueda ajustarse más adelante. Las ganancias injustas no pueden conducir a la prosperidad, sino que seguramente traerán el fracaso. Un hombre justo no podría quitarle a otro una ganancia injusta mediante lo que se llama una

"transacción inteligente", como tampoco podría quitársela robando su bolsillo. Consideraría lo uno tan deshonesto como lo otro.

El espíritu de negociación en los negocios no es el verdadero espíritu del comercio. Es el espíritu egoísta y ladrón que quiere obtener algo por nada. El hombre recto purga su negocio de todo regateo, y lo construye sobre la base más digna de la justicia. Suministra "un buen artículo" a su justo precio, y no lo altera. No ensucia sus manos con ningún negocio que esté manchado de fraude. Sus productos son genuinos y tienen un precio adecuado.

Los clientes que intentan "rebajar" a un comerciante en sus compras se están degradando. Su práctica supone una o ambas cosas, a saber, que o bien el comerciante es deshonesto y está cobrando de más (una actitud mental baja y sospechosa), o bien que están deseosos de engatusarle para que pierda su beneficio (una actitud igualmente vil), y así beneficiarse de su pérdida. La práctica de "aguantar" es totalmente deshonesto, y las personas que la persiguen con más asiduidad son las que más se quejan de que se les "impone", y esto no es sorprendente, ya que ellas mismas están todo el tiempo tratando de imponerse a los demás.

Por otra parte, el comerciante que está ansioso por obtener todo lo que pueda de sus clientes, sin tener en cuenta la justicia y los valores correctos de las cosas, es una especie de ladrón, y está envenenando lentamente su éxito, ya que sus actos seguramente volverán a casa en forma de ruina financiera.

Me dijo un hombre de cincuenta años el otro día: "Acabo de descubrir que toda mi vida he estado pagando el cincuenta por ciento, más por todo de lo que debería". Un hombre justo no puede sentir que alguna vez ha pagado demasiado por algo, pues no se cierra con ninguna transacción que considere injusta; pero si un hombre se

empeña en conseguir todo a mitad de precio, siempre se lamentará mezquina y miserablemente de estar pagando el doble por todo. El hombre justo se complace en pagar el valor total de todo, ya sea al dar o al recibir, y su mente no se perturba y sus días están llenos de paz.

Que el hombre evite sobre todo la mezquindad, y se esfuerce por ser cada vez más perfectamente justo, porque si no es justo, no puede ser ni honesto, ni generoso, ni varonil, sino que es una especie de ladrón disfrazado que trata de obtener todo lo que puede, y devolver lo menos posible. Que evite todo regateo, y que enseñe a los negociadores un camino mejor, conduciendo sus negocios con esa excelsa dignidad que comanda un gran y meritorio éxito.

La paciencia es la joya más brillante del carácter del hombre imparcial. No una paciencia particular con una cosa en particular, como una niña con su labor de aguja, o un niño construyendo su motor de juguete, sino en una consideración inquebrantable, una dulzura de disposición en todo momento y bajo las circunstancias más difíciles, una fuerza inmutable y suave que ninguna prueba puede estropear y ninguna persecución puede romper. Una posesión rara, es cierto, y que no se puede esperar durante mucho tiempo de la mayor parte de la humanidad, pero una virtud que se puede alcanzar por grado, e incluso una paciencia parcial hará maravillas en la vida y los asuntos de un hombre, como una impaciencia confirmada todo el trabajo de devastación. El hombre irascible se está preparando para un rápido desastre, pues ¿quién se preocupará de tratar con un hombre que continuamente estalla como pólvora cuando cae sobre él una pequeña chispa de queja o crítica? Incluso sus amigos lo abandonarán uno tras otro, pues ¿quién querría la compañía de un hombre que lo ataca rudamente con una lengua impaciente y ardiente por cualquier pequeña diferencia o malentendido?

Un hombre debe comenzar a controlarse sabiamente, y a aprender las hermosas lecciones de la paciencia, si ha de ser altamente próspero, si ha de ser un hombre útil y poderoso. Debe aprender a pensar en los demás, a actuar para su bien, y no sólo para sí mismo; a ser considerado, a soportar y a sufrir. Debe estudiar cómo tener un corazón en paz con los hombres que difieren de él en las cosas que considera más vitales. Debe evitar las disputas como evitaría beber un veneno mortal. Las discordias de fuera le alcanzarán continuamente, pero debe fortalecerse contra ellas; debe estudiar cómo sacar armonías de ellas mediante el ejercicio de la paciencia.

La disputa es común: duele el corazón y distorsiona la mente. La paciencia es rara: enriquece el corazón y embellece la mente. Todo gato puede escupir y echar humo; no requiere ningún esfuerzo, sino sólo una soltura de comportamiento. Se necesita un hombre que mantenga sus mañanas a través de todos los eventos, y que sea esmerado y paciente con los defectos de la humanidad. Pero la paciencia gana. Como el agua blanda desgasta la roca más dura, así la paciencia vence toda oposición. Se gana los corazones de los hombres. Conquista y controla.

La calma acompaña a la paciencia. Es una cualidad grande y gloriosa. Es el remanso de paz de las almas emancipadas después de su largo deambular por el océano de las pasiones, desgarrado por la tempestad. Hace al hombre que ha sufrido mucho, soportado mucho, experimentado mucho, y finalmente ha vencido.

Un hombre no puede ser imparcial si no está tranquilo. La excitación, el prejuicio y la parcialidad surgen de las pasiones perturbadas. Cuando el sentimiento personal se ve frustrado, se eleva y hierve como una corriente de agua que está represada. El hombre tranquilo evita esta perturbación dirigiendo su sentimiento del canal personal al impersonal. Piensa y siente tanto por los demás como por sí

mismo. Da el mismo valor a las opiniones de los demás que a las tuyas propias. Si considera que su trabajo es importante, también ve que el trabajo de otros hombres es igualmente importante. No se contenta con el mérito de la suya frente al demérito de la de los demás. No se deja vencer, como Humptydumpty, por el sentido de la importancia propia. Ha dejado de lado el egoísmo por la verdad, y percibe las relaciones correctas de las cosas. Ha vencido la irritabilidad, y ha llegado a ver que no hay nada en sí mismo que deba causar irritación. Lo mismo puedes irritarte con un pensamiento porque no es una rosa, que con un hombre porque no ve como tú. Las mentes difieren, y el hombre tranquilo reconoce las diferencias como hechos de la naturaleza humana.

El hombre tranquilo, imparcial, no sólo es el hombre más feliz, sino que también tiene todos sus poderes a su disposición. Es seguro, deliberado, ejecutivo, y logra rápida y fácilmente en silencio lo que los hombres irritables se esfuerzan lenta y laboriosamente con mucho gusto. Su mente está purificada, equilibrada, concentrada, y está lista en cualquier momento para ser dirigida a un trabajo determinado con un poder infalible. En la mente tranquila se reconcilian todas las contradicciones, y hay una alegría radiante y una paz perpetua. Como dice Emerson: "La calma es la alegría fija y habitual".

No hay que confundir la indiferencia con la calma, pues está en el extremo opuesto. La indiferencia es un hilo de vida, mientras que la calma es vida resplandeciente y potencia orbital plena. El hombre tranquilo ha conquistado parcial o totalmente el yo, y habiendo luchado con éxito contra el egoísmo interior, sabe encontrarlo y vencerlo con éxito en los demás. En cualquier contenido moral, el hombre tranquilo es siempre el vencedor. Mientras mantenga la calma, la derrota es imposible.

El autocontrol es mejor que la riqueza y la calma es una bendición perpetua.

La sabiduría permanece con el hombre imparcial. Sus consejos le guían; sus alas le protegen; le conduce por caminos agradables hacia destinos felices.

La sabiduría tiene muchas caras. El hombre sabio se adapta a los demás. Actúa para su bien, pero nunca viola las virtudes morales o los principios de la conducta correcta. El hombre necio no puede adaptarse a los demás; actúa sólo para sí mismo, y viola continuamente las virtudes morales y los principios de la conducta correcta. Hay un grado de sabiduría en cada acto de imparcialidad, y una vez que un hombre ha tocado y experimentado la zona imparcial, puede recuperarla una y otra vez hasta que finalmente se establece en ella.

Cada pensamiento, palabra y acto de sabiduría habla del mundo en general, pues está cargado de grandeza. La sabiduría es un pozo de conocimiento y un manantial de poder. Es profunda y comprensiva, y es tan exacta e inclusiva como para abarcar los detalles más pequeños. En su espaciosa grandeza no pasa por alto lo pequeño. La mente sabia es como el mundo, contiene todas las cosas en su lugar y orden apropiados, y no está agobiada por ello. Al igual que el mundo, es libre e inconsciente de cualquier restricción; sin embargo, nunca es floja, nunca se equivoca, nunca peca ni se arrepiente. La sabiduría es el ser firme y crecido del que la locura fue el niño que llora. Ha superado la debilidad y la dependencia, los errores y los castigos de la ignorancia infantil, y está erguida, equilibrada, fuerte y serena.

La mente comprensiva no necesita apoyo externo. Se apoya por sí misma en el firme suelo del conocimiento; no en el conocimiento

de los libros, sino en la experiencia madura. Ha pasado por todas las mentes, y por lo tanto las conoce. Ha viajado con todos los corazones, y conoce su viaje en la alegría y el dolor.

Cuando la sabiduría toca a un hombre, éste se eleva y se transfigura. Se convierte en un nuevo ser con nuevos objetivos y poderes, y habita un nuevo universo en el que cumplir un nuevo y glorioso destino.

Así es el Pilar de la imparcialidad que añade su enorme fuerza y su incomparable gracia para sostener y embellecer el Templo de la Prosperidad.

9. OCTAVO PILAR: CONFIANZA EN SÍ MISMO

Todos los jóvenes deberían leer el ensayo de Emerson sobre la "Autosuficiencia". Es el ensayo más viril que jamás se haya escrito. Está calculado para curar por igual esos dos males mentales comunes a la juventud, a saber, la autodesvalorización y el engreimiento. Es casi tan seguro que revelará al mojigato la pequeñez y la vacuidad de su vanidad, como que mostrará al tímido la debilidad e ineficacia de su dividencia. Es una nueva revelación de la dignidad del hombre; tan revelación como cualquiera de las que se concedieron a los antiguos videntes y profetas, y quizá más práctica, eminentemente adecuada a su época mecánica, pues procede de un profeta moderno de un nuevo tipo y llamado en una nueva raza, y su principal mérito es su calidad poderosamente tónica.

No hay que confundir la confianza en sí mismo con el engreimiento, porque tan alto y excelente como es uno, tan bajo y sin valor es el otro. No puede haber nada mezquino en la autosuficiencia, mientras que en el engreimiento no puede haber nada grande.

El hombre que nunca dice "no" cuando se le pregunta sobre temas de los que es totalmente ignorante, para evitar, como él imagina, que se le considere ignorante, sino que presenta con confianza conjeturas y suposiciones como conocimiento, será conocido por su ignorancia, y mal estimado por su presunción añadida. Una confesión honesta de ignorancia inspirará respeto, mientras que una suposición engreída de conocimiento provocará desprecio.

El hombre tímido y apologético que parece tener casi miedo de vivir, que teme hacer algo que no sea de la manera aprobada, y que se someterá al ridículo, no es un hombre completo. Tiene que imitar a los demás y no tener una acción independiente. Necesita esa con-

fianza en sí mismo que le obligue a recurrir a su propia iniciativa, y así convertirse en un nuevo ejemplo en lugar de ser el seguidor servil de uno antiguo. En cuanto a las burlas, el que es herido por ellas no es un hombre. Las flechas de la burla y el sarcasmo no pueden atravesar la fuerte armadura del hombre autosuficiente. No pueden alcanzar la invencible ciudadela de su honesto corazón para agujonearlo o herirlo. Las afiladas flechas de la ironía pueden llover sobre él, pero se ríe cuando son desviadas por la fuerte coraza de su confianza, y caen inofensivas a su alrededor.

"Confía en ti mismo", dice Emerson, "todo corazón vibra con esa cuerda de hierro". A lo largo de los tiempos, los hombres se han apoyado, y aún se apoyan, en los artificios externos en lugar de apoyarse en su propia simplicidad nativa y en su dignidad original. Los pocos que han tenido el coraje de mantenerse en pie, han sido señalados y elevados como héroes; y el verdadero héroe es el que tiene la valentía de dejar que su naturaleza hable por sí misma, el que tiene ese fuerte metal que le permite mantenerse en pie sobre su propio valor intrínseco.

Es cierto que el candidato a tal heroísmo debe soportar la prueba de la fuerza. No debe ser avergonzado de su terreno por los bichos de un convencionalista iniciado. No debe temer por su reputación o posición, ni por su posición en la iglesia o su prestigio en la sociedad local. Debe aprender a actuar y vivir con tanta independencia de estas consideraciones como de las modas actuales en las antípodas. Sin embargo, cuando haya soportado esta prueba, y el prestigio y el odio no hayan podido conmoverle o afligirle, se habrá convertido en un hombre de verdad, uno con el que la sociedad tendrá que contar, y que finalmente aceptará en sus propios términos.

Tarde o temprano todos los hombres se volverán o guiarán hacia el hombre autosuficiente, y aunque las mejores mentes no hacen de

él un puntal, respetan y valoran su trabajo y su valor, y reconocen su lugar entre los bienes que le han precedido.

No debe pensarse que el desprecio por el aprendizaje es un indicio de autosuficiencia. Tal actitud nace de una soberbia obstinada que tiene elementos de debilidad, y es profética de una caída, en lugar de los elementos de fuerza y la promesa de altos logros que son característicos de la autoconfianza. El orgullo y la vanidad no deben asociarse con la confianza en uno mismo, que se basa en lo accesorio y en los accesorios: el dinero, la ropa, la propiedad, el prestigio, la posición, y si se pierden, todo se pierde. La confianza en uno mismo se basa en lo esencial y en los principios del valor, la probidad, la pureza, la sinceridad, el carácter y la verdad, y todo lo que se pierda tiene poca importancia, porque nunca se pierde. El orgullo trata de ocultar su ignorancia mediante la ostentación y la suposición, y no está dispuesto a ser considerado un aprendiz en ninguna dirección. Se mantiene, durante su pequeño y fugaz día, sobre la ignorancia y la apariencia, y cuanto más alto se eleve hoy, más bajo se derribará mañana. La autoconfianza no tiene nada que ocultar, y está dispuesta a aprender; y aunque no puede haber humildad donde está el orgullo, la autoconfianza y la humildad son compatibles, es más, son complementarias, y la forma sublime de autoconfianza sólo se encuentra asociada a la más profunda humildad. "Los extremos se encuentran" dice Emerson "y no hay mejor ejemplo que la altivez de la humildad. Ningún aristócrata, ningún príncipe nacido de la púrpura, puede empezar a compararse con el auto respeto del santo. ¿Por qué es tan humilde, sino porque sabe que puede permitiéndose, descansando en la grandeza de Dios en él?" Fue Buda quien, en este caso, dijo: "Aquellos que, ya sea ahora o después de mi muerte, sean una lámpara para sí mismos, confiando sólo en sí mismos y no en ninguna ayuda externa, sino aferrándose a la verdad como su lámpara, y buscando su salvación sólo en la verdad, no buscarán ayuda en nadie más que en sí mismos, son ellos, entre mis discípulos, los que alcanzarán la máxima altura. Pero deben estar dispuestos a aprender". En este dicho, la repetida insistencia en

la necesidad de confiar en uno mismo, junto con la exhortación final de estar ansioso por aprender, es la expresión más sabia sobre la confianza en uno mismo que conozco. En ella, el Gran Maestro comprende ese perfecto equilibrio entre la confianza en sí mismo y la humildad que el hombre de la verdad debe adquirir.

"La confianza en uno mismo es la esencia del heroísmo". Todos los grandes hombres confían en sí mismos, y debemos utilizarlos como maestros y ejemplos y no como accesorios y peregrinos. Llegue un gran hombre que no se apoya en nadie, sino que se mantiene solo en la dignidad solitaria de la verdad, y enseguida el mundo empieza a apoyarse en él, empieza a hacer de él una excusa para la indolencia espiritual y un autodesprecio destructivo. Mejor que acunar nuestros vicios en la fuerza de los grandes sería volver a encender nuestras virtudes en su lámpara luminosa. Si nos apoyamos en la luz de otro, la oscuridad se apoderará de nosotros, pero si nos apoyamos en nuestra propia luz no tenemos más que mantenerla encendida. Podemos tomar la luz de otro y comunicarla, pero pensar que es suficiente mientras nuestra propia lámpara se oxida en la negligencia, es pronto para encontrarnos abandonados en la oscuridad. Nuestra propia luz interior es la que nunca nos falla.

¿Qué es la "luz interior" de los cuáqueros sino otro nombre para la confianza en uno mismo? Debemos apoyarnos en lo que somos, no en lo que es otro. "Pero soy tan pequeño y pobre", decís: pues bien, manteneos sobre esa pequeñez, y pronto se hará grande. Un bebé tiene que mamar y aferrarse, pero el hombre no. A partir de ese momento se apoya en sus propios miembros. Los hombres ruegan a Dios que ponga en sus manos lo que están hechos para alcanzar; que ponga en su boca el alimento por el que deben esforzarse. Pero los hombres superarán esta infancia espiritual. Llegará el momento en que los hombres ya no pagarán a un sacerdote para que rece por ellos y les predique.

El principal problema del hombre es la desconfianza en sí mismo, de modo que el hombre que confía en sí mismo se convierte en un espectáculo raro y singular. Si un hombre se ve a sí mismo como un "gusano", qué puede salir de él sino un retorcimiento ineficaz. En verdad, "El que se humilla será exaltado", pero no el que se degrada. Un hombre debe verse a sí mismo tal como es, y si hay alguna indignidad en él, debe deshacerse de ella, y retener y confiar en lo que vale. Un hombre sólo se degrada cuando se degrada a sí mismo; es exaltado cuando vive una vida exaltada.

¿Por qué debería un hombre, con incesantes iteraciones, llamar la atención sobre su naturaleza caída? Hay una falsa humildad que se enorgullece del vicio. Si uno ha caído, es para que se levante y sea más sabio por ello. Si un hombre cae en una zanja, no se queda allí tumbado y llama la atención de todos los transeúntes sobre su estado de caída, sino que se levanta y sigue su camino con más cuidado. Así, si uno ha caído en la zanja del vicio, que se levante y se limpie, y siga su camino con alegría.

No hay una esfera en la vida en la que la influencia y la prosperidad de un hombre no se incrementen considerablemente con una medida de confianza en sí mismo, y para el maestro, ya sea secular o religioso, para los organizadores, gerentes, supervisores y en todas las posiciones de control y mando, es un equipo indispensable.

Las cuatro grandes cualidades de la autosuficiencia son

1. Decisión
2. Firmeza
3. Dignidad
4. Independencia

La decisión hace que un hombre sea fuerte. El portador es el débil. Un hombre que va a desempeñar un papel relevante, por pequeño que sea, en el drama de la vida, debe ser decisivo y saber de qué se trata. No debe dudar de su poder para actuar. Debe conocer su papel en la vida y poner toda su energía en él. Debe tener una base sólida de conocimiento desde la que trabajar, y apoyarse en ella con seguridad. Puede ser sólo el precio y la calidad de las acciones, pero debe conocer a fondo su trabajo y saber que lo conoce. Debe estar tan bien fundamentado en su práctica particular como para no verse afectado por la vacilación en ningún punto o en ninguna emergencia. Es cierto el dicho de que "el hombre que vacila está perdido". No cree en él quien no cree en sí mismo, quien duda, se detiene y vacila, y no puede desprenderse de los hilos enmarañados de dos cursos. ¿Quién trataría con un comerciante que no supiera el precio de sus propias mercancías, o que no estuviera seguro de dónde encontrarlas? Un hombre debe conocer su negocio. Si no conoce el suyo, ¿quién le instruirá? Debe ser capaz de dar un buen informe de la verdad que hay en él, debe tener ese toque de engaño que sólo la habilidad y el conocimiento pueden impartir.

La certeza es un gran elemento en la confianza en sí mismo. Para tener peso, un hombre debe tener alguna verdad que impartir, y toda habilidad es una comunicación de la verdad. Debe "hablar con autoridad, y no como los escribas". Debe dominar algo, y saber que lo ha dominado, para tratarlo con lucidez y comprensión, a la manera de un maestro, y no seguir siendo siempre un aprendiz.

La indecisión es un factor de desintegración. Un minuto de vacilación puede hacer retroceder la corriente del éxito. Los hombres que temen decidir rápidamente por miedo a equivocarse, casi siempre se equivocan cuando actúan. Los más rápidos, tanto en el pensamiento como en la acción, son menos propensos a equivocarse, y es mejor actuar con decisión y cometer un error que actuar con in-

decisión y cometer un error, porque en el primer caso no hay más que error, pero en el segundo, la debilidad se añade al error.

Un hombre debe ser decidido siempre, tanto en lo que sabe como en lo que no sabe. Debe estar tan dispuesto a decir "no" como "sí", tan rápido para reconocer su ignorancia como para impartir su conocimiento. Si se apoya en los hechos, y actúa desde la simple verdad, no encontrará espacio para detenerse entre dos opiniones.

Decídase rápidamente y actúe con decisión. Mejor aún, ten una mente que ya esté decidida y entonces la decisión será instintiva y espontánea.

La firmeza surge en la mente que es rápida para decidir. Se trata de una decisión definitiva sobre el mejor curso de conducta y el mejor camino en la vida. Es el voto del alma de mantenerse firme en sus principios pase lo que pase. No es necesario ni innecesario que haya un voto escrito o hablado, porque la lealtad inquebrantable a un principio fijo es el espíritu de todos los votos.

El hombre sin principios fijos no logrará mucho. La conveniencia es un lodazal y un desperdicio espinoso, en el que el hombre se atasca continuamente en el barro movedizo de su propia flojedad moral, y es pinchado y arañado con las espinas de sus propias decepciones.

Uno debe tener un terreno sólido sobre el cual pararse entre sus semejantes. No puede permanecer en el pantano de las concesiones. La veleidad es un vicio de debilidad, y los vicios de la debilidad socavan más el carácter y la influencia que los vicios de la fuerza. El hombre que es vicioso por exceso de fuerza animal toma un atajo más corto a la verdad - cuando su mente está hecha que el que es

vicioso por falta de virilidad, y cuyo vicio principal consiste en no tener una mente propia sobre nada. Cuando uno comprende que el poder se adapta tanto a los buenos como a los malos fines, no le sorprenderá que los borrachos y las rameras lleguen al reino de los cielos antes que los religiosos diplomáticos. Por lo menos, han seguido el curso que han adoptado, por vil que sea, y la minuciosidad es la fuerza. Sólo se necesita esa fuerza para pasar del mal al bien, y ¡he aquí que el aborrecido pecador se ha convertido en el excelso santo!

Un hombre debe tener una mente firme, fija y determinada. Debe decidirse por aquellos principios que son los mejores para mantenerse en todas las cuestiones, y que le guiarán con mayor seguridad a través del laberinto de opiniones conflictivas, y le inspirarán un valor inquebrantable en la batalla de la vida. Habiendo adoptado sus principios, deben ser para él más que la ganancia o la felicidad, más incluso que la vida misma, y si nunca los abandona, encontrará que nunca le abandonarán; le defenderán de todos los enemigos, le librarán de todos los peligros, iluminarán su camino a través de todas las tinieblas y dificultades. Serán para él una luz en las tinieblas, un lugar de descanso de las penas y un refugio de los conflictos del mundo.

La dignidad reviste, como con una prenda majestuosa, la mente firme. Aquel que es tan inflexible como una barra de acero cuando se espera que se comprometa con el mal, y tan flexible como una varita de sauce al adaptarse a lo que es bueno, lleva consigo una dignidad que calma y eleva a los demás con su presencia.

La mente inestable, la mente que no está anclada a ningún principio fijo, que es obstinada cuando sus propios deseos se ven amenazados, y que cede cuando su propio bienestar moral está en juego, no tiene gravedad, ni equilibrio, ni compostura tranquila.

El hombre digno no puede ser pisoteado y esclavizado, porque ha dejado de pisotearse y esclavizarse a sí mismo. Desarma de inmediato, con una mirada, una palabra, un silencio sabio y sugestivo, cualquier intento de rebajarlo. Su sola presencia es una sana reprimenda para el frívolo y el indecoroso, mientras que es una roca de fortaleza para el amante del bien.

Pero la razón principal por la que el hombre digno impone respeto es, no sólo que es sumamente respetuoso consigo mismo, sino que trata amablemente a todos los demás con la debida estima. El orgullo se ama a sí mismo, y trata a los que están por debajo de él con un desprecio soberbio, pues el amor a sí mismo y el desprecio a los demás se encuentran siempre juntos en igual grado, de modo que cuanto mayor es el amor a sí mismo, mayor es la arrogancia. La verdadera dignidad surge, no del amor propio, sino del sacrificio propio, es decir, de la adhesión imparcial a un principio central fijo. La dignidad del juez surge del hecho de que en el cumplimiento de su deber deja de lado toda consideración personal y se apoya únicamente en la ley; su pequeña personalidad, impermanente y fugaz, se convierte en nada, mientras que la ley, duradera y majestuosa, se convierte en todo. Si un juez, al decidir un caso, se olvidara de la ley y cayera en los sentimientos y prejuicios personales, su dignidad desaparecería. Así, el hombre de majestuosa pureza de carácter se apoya en la ley divina, y no en el sentimiento personal, pues en cuanto un hombre cede a la pasión ha sacrificado la dignidad, y ocupa su lugar como uno de la multitud de los insensatos e incontrolados.

Todo hombre tendrá compostura y dignidad en la medida en que actúe desde un principio fijo. Sólo es necesario que el principio sea correcto, y por lo tanto inatacable. Mientras el hombre se atenga a tal principio, y no vacile ni descienda al elemento personal, las pasiones atacantes, los prejuicios y los intereses, por poderosos que sean, serán débiles e ineficaces ante la fuerza inconquistable de un

principio incorruptible, y cederán al fin su confusión combinada e indecorosa a su derecho único y majestuoso.

La independencia es el derecho de nacimiento del hombre fuerte y bien controlado. Todos los hombres aman y luchan por la libertad. Todos los hombres aspiran a algún tipo de libertad.

Un hombre debe trabajar para sí mismo o para la comunidad. A menos que sea un lisiado, un inválido crónico o un irresponsable mental, debería avergonzarse de depender de otros para todo lo que tiene, sin dar nada a cambio. Si uno imagina que tal condición es la libertad, que sepa que es una de las formas más bajas de esclavitud. Llegará el momento en que ser un zángano en la colmena humana, incluso (como ahora) un zángano respetable y no un pobre vagabundo, será una vergüenza pública, y dejará de ser respetable.

La independencia, la libertad, la gloriosa libertad, vienen a través del trabajo y no de la ociosidad, y el hombre autosuficiente es demasiado fuerte, demasiado honorable, demasiado recto para depender de otros, como un niño de pecho, para su sustento. Se gana, con la mano o con el cerebro, el derecho a vivir como corresponde a un hombre y a un ciudadano; y esto lo hace tanto si ha nacido rico como pobre, porque las riquezas no son una excusa para la ociosidad; más bien son una oportunidad para trabajar, con las escasas facilidades que ofrecen, por el bien de la comunidad.

Sólo el que se mantiene a sí mismo es libre, autosuficiente e independiente.

Así se explica la naturaleza de los Ocho Pilares. Sobre qué base se apoyan, la manera de construirlos, sus ingredientes, la cuádruple naturaleza del material de que se compone cada uno, qué posicio-

nes ocupan y cómo sostienen el Templo, todo el mundo puede ahora construir; y el que lo sabía sólo imperfectamente puede saberlo más perfectamente; y el que lo sabía perfectamente puede regocijarse en esta sistematización y simplificación del orden moral en la Prosperidad. Consideremos ahora el Templo mismo, para que conozcamos el poderío de sus Pilares, la fortaleza de sus muros, la resistencia de su techo, y la belleza y perfección arquitectónica del conjunto.

10. El templo de la prosperidad

El lector que haya seguido el curso de este libro con el fin de obtener información sobre los detalles de la fabricación de dinero, las transacciones comerciales, los beneficios y las pérdidas en diversas empresas, los precios, los mercados, los acuerdos, los contratos y otros asuntos relacionados con la consecución de la prosperidad, habrá notado una ausencia total de cualquier instrucción sobre estas cuestiones de detalle. La razón de ello es cuádruple, a saber

Primera. Los detalles no pueden sostenerse por sí solos, sino que son impotentes para construir algo a menos que estén inteligentemente relacionados con los principios.

Segundo. Los detalles son infinitos, y cambian incesantemente, mientras que los principios son pocos, y son eternos e inmutables.

Tercero. Los principios son los factores coherentes en todos los detalles, regulándolos y armonizándolos, de modo que tener principios correctos es tener razón en todos los detalles subsidiarios.

Cuarto. Un maestro de la verdad en cualquier dirección debe adherirse rígidamente a los principios, y no debe permitirse ser alejado de ellos en el laberinto siempre cambiante de los detalles privados y

personales, porque tales detalles y particularidades tienen sólo un derecho local, y son sólo necesarios para ciertos individuos, mientras que los principios son universalmente correctos y son necesarios para todos los hombres.

Quien capte los principios de este libro para poder practicarlos inteligentemente, podrá llegar al corazón de esta cuádruple razón. Los detalles de los asuntos de un hombre son importantes, pero son sus detalles o los detalles de su rama particular de la industria, y todos los que están fuera de esa rama no se ocupan de ellos, pero los principios morales son los mismos para todos los hombres; son aplicables a todas las condiciones, y gobiernan todos los particulares.

El hombre que trabaja a partir de principios fijos no necesita atormentarse con las complicaciones de numerosos detalles. Captará, por así decirlo, todos los detalles en un solo pensamiento, y los verá a través de ellos, iluminados por la luz del principio con el que están relacionados, y esto sin fricción, y con libertad de ansiedad y tensión.

Hasta que no se comprenden los principios, los detalles se consideran y se tratan como asuntos primarios, y así vistos conducen a innumerables complicaciones y cuestiones confusas. A la luz de los principios, se ven como hechos secundarios, y así vistos, todas las dificultades relacionadas con ellos son superadas y anuladas de inmediato por una referencia a los principios.

Quien se ve envuelto en numerosos detalles sin el elemento regulador y sintetizador de los principios, es como quien se pierde en un bosque, sin un camino directo por el que caminar en medio de la masa de objetos. Está hinchado por los detalles, mientras que el hombre de los principios contiene todos los detalles dentro de sí mismo; está fuera de ellos, por así decirlo, y los capta en su totali-

dad, mientras que el otro hombre sólo puede ver los pocos que están más cerca de él en ese momento.

Todas las cosas están contenidas en los principios. Son las leyes de las cosas, y todas las cosas observan su propia ley. Es un error ver las cosas al margen de su naturaleza. Los detalles son la letra de la que los principios son el espíritu. Es tan cierto en el arte, la ciencia, la literatura, el comercio, como en la religión, que "la letra mata, el espíritu da vida". El cuerpo del hombre, con su maravillosa combinación de partes, es importante, pero sólo en su relación con el espíritu. Si el espíritu se retira, el cuerpo es inútil y se desecha. El cuerpo de una empresa, con todos sus complicados detalles, es importante, pero sólo en su relación con los principios vivificantes por los que se controla. Si éstos se retiran, la empresa perecerá.

Para tener el cuerpo de la prosperidad - su presentación material - debemos tener primero el espíritu de la prosperidad, y el espíritu de la prosperidad es el espíritu rápido de la virtud moral. La ceguera moral prevalece. Los hombres ven el dinero, la propiedad, el placer, el ocio, etc., y, confundiéndolos con la prosperidad, se esfuerzan por conseguirlos para su propio disfrute, pero, una vez obtenidos, no encuentran ningún disfrute en ellos.

La prosperidad es al principio un espíritu, una actitud mental, un poder moral, una vida, que se manifiesta exteriormente en forma de abundancia, felicidad, alegría. Al igual que un hombre no puede convertirse en un genio escribiendo poemas, ensayos como obras de teatro, sino que debe desarrollar y adquirir el alma del genio -cuando la escritura seguirá como efecto a la causa-, así uno no puede convertirse en próspero acumulando dinero, y ganando propiedades y posesiones, sino que debe desarrollar y adquirir el alma de la virtud, cuando los accesorios materiales seguirán como efecto a la causa, porque el espíritu de la virtud es el espíritu de la alegría, y contiene

en sí mismo toda la abundancia, toda la satisfacción, toda la plenitud de la vida.

No hay alegría en el dinero, no hay alegría en la propiedad, no hay alegría en las acumulaciones materiales o en cualquier cosa material en sí misma. Estas cosas están muertas y sin vida. El espíritu de la alegría debe estar en el hombre o no está en ninguna parte. Debe tener en su interior la capacidad de ser feliz. Debe tener la sabiduría para saber cómo utilizar estas cosas, y no simplemente atesorarlas. Debe poseerlas y no ser poseído por ellas. Deben depender de él, y no él de ellas. Deben depender de él, y no él de ellos. Deben seguirlo, y no estar siempre corriendo detrás de ellos; y lo seguirán inevitablemente, si él tiene los elementos morales con los que están relacionados.

Nada está ausente en el Reino de los cielos; contiene todas las cosas buenas, verdaderas y necesarias, y "el Reino de Dios está dentro de vosotros." Conozco a personas ricas que son supremamente felices, porque son generosas, magnánimas, puras y alegres; pero también conozco a personas ricas que son muy miserables, y éstas son las que buscaron en el dinero y en las posesiones su felicidad, y no han desarrollado el espíritu del bien y de la alegría en su interior.

¿Cómo puede decirse de un miserable que es "próspero", aunque sus ingresos sean de diez mil libras al año? Debe haber idoneidad, y armonía, y satisfacción en una verdadera prosperidad. Cuando un hombre rico es feliz, es porque ha aportado el espíritu de felicidad a sus riquezas, y no porque las riquezas le hayan aportado la felicidad. Es un hombre pleno con todas las ventajas y responsabilidades materiales, mientras que el rico miserable es un hombre vacío que busca en las riquezas esa plenitud de vida que sólo puede desarrollarse desde el interior.

Así, la prosperidad se resuelve en una capacidad moral, y en la sabiduría para usar correctamente y disfrutar legítimamente de las cosas materiales que son inseparables de nuestra vida terrenal. Si uno quiere ser libre por fuera, que primero sea libre por dentro, pues si está atado en el espíritu por la debilidad, el egoísmo o el vicio, ¡cómo puede liberarlo la posesión de dinero! ¿No se convertirá más bien, en sus manos, en un instrumento listo para esclavizarse aún más?

Los efectos visibles de la prosperidad, por lo tanto, no deben ser considerados solamente, sino en su relación con la causa mental y moral. Hay un fundamento oculto en todo edificio; el hecho de que siga en pie es una prueba de ello. Hay un fundamento oculto en todo éxito establecido; su permanencia lo demuestra. La prosperidad se apoya en los cimientos del carácter, y no hay, en todo el amplio universo, ningún otro cimiento. La verdadera riqueza es la salud, el bienestar, la solidez, la integridad y la felicidad. Los miserables ricos no son verdaderamente ricos. Simplemente están cargados de dinero, lujo y ocio, como instrumentos de auto-tortura. Por sus posesiones se auto maldicen.

El hombre moral es siempre bendecido, siempre feliz, y su vida, vista como un todo, es siempre un éxito. No hay excepción a esto, pues cualesquiera que sean los fracasos que pueda tener en los detalles, la obra terminada de su vida será sólida, íntegra, completa; y a través de todo ello tendrá una conciencia tranquila, un nombre honorable, y todas las múltiples bendiciones que son inseparables de la riqueza de carácter, y sin esta riqueza moral, las riquezas financieras no servirán ni satisfarán.

Recapitemos brevemente, y veamos de nuevo los Ocho Pilares en su fuerza y esplendor.

Energía - La motivación de uno mismo para realizar un esfuerzo extenuante e incesante en el cumplimiento de su tarea.

Economía - Concentración del poder, conservación del capital y del carácter, siendo este último el capital mental, y por lo tanto de la mayor importancia.

Integridad - Honestidad inquebrantable; mantener inviolables todas las promesas, acuerdos y contratos, al margen de toda consideración de pérdida o ganancia.

Sistema - Hacer que todos los detalles estén subordinados al orden, y así aliviar la memoria y la mente del trabajo superfluo y la tensión, reduciendo muchos a uno.

Simpatía - Magnanimidad, generosidad, gentileza y ternura; ser abierto, libre y amable.

Sinceridad - Ser sano y entero, robusto y verdadero; y por lo tanto no ser una persona en público y otra en privado, y no asumir acciones buenas abiertamente mientras se hacen acciones malas en secreto.

Imparcialidad - Justicia; no luchar por uno mismo, sino sopesar ambas partes, y actuar de acuerdo con la equidad.

Confianza en sí mismo: buscar la fuerza y el apoyo en uno mismo, apoyándose en principios fijos e invencibles, y no confiar en cosas externas que en cualquier momento pueden ser arrebatadas.

¿Cómo puede tener éxito una vida que no esté construida sobre estos ocho pilares? Su fuerza es tal que ninguna fuerza física o intelectual puede compararse con ella; y haber construido los ocho perfectamente haría a un hombre invencible. Sin embargo, se encontrará que los hombres son a menudo fuertes en una o varias de estas cualidades, y débiles en otras, y es este elemento débil el que invita al fracaso. Es una tontería, por ejemplo, atribuir el fracaso de un hombre en los negocios a su honestidad. Es imposible que la honestidad produzca el fracaso. La causa del fracaso debe buscarse en otra dirección: en la falta, y no en la posesión, de alguna cualidad buena y necesaria. Además, tal atribución de fracaso a la honestidad es un insulto a la integridad del comercio; y una falsa acusación a aquellos hombres, bastante numerosos, que se dedican honorablemente al comercio. Un hombre puede ser fuerte en Energía, Economía y Sistema, pero comparativamente débil en los otros cinco. Un hombre así fracasará en el éxito completo si le falta uno de los cuatro pilares de la esquina, es decir, la integridad. Su templo cederá en esa esquina débil, ya que los primeros cuatro pilares deben estar bien contruidos antes de que el Templo de la Prosperidad pueda estar seguro. Son las primeras cualidades que deben adquirirse en la evolución moral de un hombre, y sin ellas no se pueden poseer los cuatro segundos. Además, si un hombre es fuerte en las tres primeras y carece de la cuarta, la ausencia de orden invitará a la confusión y al desastre en sus asuntos; y así con cualquier combinación parcial de estas cualidades, especialmente de las cuatro primeras, pues las cuatro segundas son de un carácter tan elevado que en la actualidad los hombres sólo pueden poseerlas, con raras excepciones, en una forma más o menos imperfecta. El hombre de mundo, entonces, que desea asegurar un éxito duradero en cualquier rama del comercio, o en una de las muchas líneas de la industria en la que los hombres están comúnmente comprometidos, debe construir en su carácter, por la práctica, los primeros cuatro pilares morales. Por medio de estos principios fijos debe regular su pensamiento, su conducta y sus asuntos; consultándolos en cada dificult-

tad, haciendo que cada detalle les sirva, y sobre todo, no abandonándolos nunca bajo ninguna circunstancia para obtener alguna ventaja personal o para ahorrar algún problema personal, porque abandonarlos así es hacerse vulnerable a los elementos desintegradores del mal, y volverse atacable a las acusaciones de los demás. Aquel que se atenga a estos cuatro principios alcanzará un éxito total en su trabajo particular, sea cual sea; su Templo de la Prosperidad estará bien construido y bien sostenido, y se mantendrá seguro. La práctica perfecta de estos cuatro principios está al alcance de todos los hombres que estén dispuestos a estudiarlos con ese objeto, porque son tan simples y sencillos que un niño podría captar su significado, y su perfección en la conducta no exige un grado inusual de sacrificio de sí mismo, aunque exige cierta negación de sí mismo y disciplina personal sin la cual no puede haber éxito en este mundo de acción. Los segundos cuatro pilares, sin embargo, son principios de una naturaleza más profunda, son más difíciles de comprender y practicar, y exigen el más alto grado de sacrificio y de eliminación de sí mismo. Pocos, en la actualidad, pueden alcanzar ese desprendimiento del elemento personal que exige su práctica perfecta, pero los pocos que lo logren en un grado marcado ampliarán enormemente sus poderes y enriquecerán su vida, y adornarán su Templo de la Prosperidad con una belleza singular y atractiva que alegrará y elevará a todos los espectadores mucho después de que hayan fallecido.

Pero aquellos que comienzan a construir su Templo de la Prosperidad de acuerdo con las enseñanzas de este libro, deben tener en cuenta que un edificio requiere tiempo para ser erigido, y debe ser pacientemente levantado, ladrillo sobre ladrillo y piedra sobre piedra, y los Pilares deben ser firmemente fijados y cementados, y se necesitará trabajo y cuidado para completar el conjunto. Y la construcción de este Templo mental interior no es menos real y substancial porque es invisible y silenciosa, porque en el levantamiento del suyo, como del Templo de Salomón que estuvo "siete años en construcción" - se puede decir, "no se oyó en la casa ni martillo ni hacha

ni ninguna herramienta de hierro, mientras estaba en la construcción".

Así también, oh lector construye tu carácter, levanta la casa de tu vida, construye tu Templo de la Prosperidad. No seas como los insensatos que se levantan y caen sobre el flujo incierto de los deseos egoístas: sino que estate en paz en tu trabajo, corona tu carrera con plenitud, y así serás contado entre los sabios que, sin incertidumbre, construyen sobre una base fija y segura - incluso sobre los Principios de la Verdad que perduran para siempre.